

La Esfera

Año V Núm. 240

Precio: 60 cénts.



BIBLIOTECA

TENDRÁ usted una información extensa y completa de todo el mundo, comprando diariamente EL SOL

DIEZ CÉNTIMOS NUMERO SUELTO EN TODA ESPAÑA,
CON DERECHO A LOS VOLÚMENES DE LA BIBLIOTECA,
:: :: :: COLECCIONANDO LOS CUPONES :: :: ::

La Biblioteca de EL SOL, que se sirve en combinación con la suscripción a todos los puntos de España, ha repartido los siguientes volúmenes:

CARMEN, de Próspero Merimée (ilustraciones de Marín). VIAJES Y RECUERDOS, de Vicente Vera. EL ETERNO MARIDO, de Dostoievski (traducción de Ricardo Baeza).

En prensa el cuarto volumen: Interesante colección de artículos de Mariano J. de Larra (Fígaro), no recopilados hasta la fecha.

PRECIO DEL EJEMPLAR SUELTO: PESETAS 1,50

Precios de la suscripción combinada con derecho a recibir diariamente EL SOL y mensualmente el volumen de la Biblioteca:

Un año	30 pesetas
Seis meses	16 »
Tres meses	8 »

Todo lector de EL SOL, coleccionando los cupones que inserta diariamente, puede canjearlos cada mes por el volumen correspondiente.

La publicidad en el diario EL SOL es la más eficaz, por lo profuso de la circulación y por la visibilidad que tienen los anuncios, dada la forma en que se ajustan.

La Administración de EL SOL enviará gratuitamente a cualquiera dirección de España, una suscripción gratuita durante quince días. Solicitense escribiendo claramente nombres, dirección y señas, de la

ADMINISTRACIÓN DE "EL SOL"
LARRA, 8, MADRID

EL SOL Suscríbese á EL SOL en sus oficinas, Larra, 8, ó en su Sucursal de la Librería de San Martín, Puerta del Sol, 6, Madrid. EL SOL
Sucursal en Barcelona: Rambla de Canaletas, núm. 9

EL MONJE DIABÓLICO

(MISTERIOS DE LA CORTE RUSA)

El mayor éxito de la llamada *literatura de la guerra*, dramática floración de este espantoso caos en que desde Agosto de 1914 se agita el mundo, ha sido, sin duda, el emocionante libro de J. W. Bienstock,

LA FIN D'UN RÉGIME

en cuyas páginas se narran por alguien que presencié muy de cerca el trágico espectáculo del derrumbamiento zarista, cuantos sucesos trascendentales hubieron de desarrollarse en Rusia desde el advenimiento al trono del emperador Alejandro III, hasta la muerte del monje taumaturgo Rasputin, situada por el Destino á muy pocos días de distancia de la caída del régimen con el triunfo de la Revolución. El reinado del último Romanoff fué jalonado, durante sus veintitrés años de duración, por una serie de actos extraños que parecían ser perenne cartel de desafío al pueblo ruso, y que, en realidad, parecían encaminarse á la destrucción sistemática de la idea monárquica en Rusia. Cuanto en el país significaba capacidad y honradez era apartado implacablemente del Poder, mientras en torno del zar y de la zarina se agrupaba una muchedumbre, de día en día más numerosa, de arrivistas, de aventureros, de cínicas meretrices, de caballeros de industria, de milagrosos y de brujos; multitud abigarrada de seres extraños sin fe ni ley, que iba abriendo un abismo, cada vez más hondo, entre el soberano y su pueblo.

La figura más saliente, la más extraordinaria y la más dramática de esa Corte, única en la historia de los pueblos modernos, fué **Rasputin**, asesinado misteriosamente en nocturna bacanal, organizada por sus enemigos, en aristocrática mansión de las orillas del Neva, el 30 de Diciembre de 1916. De ella se escribió largamente, á raíz del acontecimiento, en todos los periódicos del mundo. Falta, sin embargo, algo más preciso, algo más rotundo, en el proceso incoado por la conciencia universal, al abominable personaje. Esa laguna la colma el libro famoso de Bienstock, libro ya traducido á los principales idiomas europeos, y del que se han hecho numerosas ediciones en francés é inglés. **NUEVO MUNDO** ha adquirido los derechos exclusivos para la versión española de

LA FIN D'UN RÉGIME

y en breve acometerá su publicación, hallándonos plenamente convencidos de que su éxito habrá de compensar los sacrificios pecuniarios que nos imponemos en pro de nuestros lectores al satisfacer, sin regatear, la elevada suma que dicha exclusiva representa.

La célebre obra de Bienstock, palpitante de vida y avasalladora por su interés, cual pudiera serlo la más intrincada novela de aventuras, irá apareciendo semanalmente en cuatro páginas encuadernables, facilitando así la conservación de este interesantísimo documento histórico, acerca de cuya autenticidad no puede haber dudas, ya que ha sido constituido por el autor teniendo á la vista, entre otros testimonios de gran valor, las *Memorias* de una de las primeras víctimas del monje Rasputin, la esposa del general Lokhtin; las *Memorias* del *pope* Heliodoro, amigo ferviente del odioso farfante, verdadero autócrata de Rusia durante los postreros años del Imperio, y, por último, los autos completos del proceso instruido con ocasión del asesinato de Rasputin. Siendo este siniestro individuo quien personifica más intensamente la demencia del régimen zarista, y quien con mayor relieve se destaca en la sombría gestación de la gran tragedia rusa, titularemos el libro de Bienstock,

EL MONJE DIABÓLICO

ó

MISTERIOS DE LA CORTE RUSA

en substitución del que originalmente llevó la obra.

INDUSTRIA Y COMERCIO DE SAN SEBASTIAN

PIANOS NUEVOS DE ALQUILER

PIANOS "CUSSO" S. F. H. A.

PIANOLA-PIANOS THE ÆOLIAN C^o.

(Agencia exclusiva)

CASA ERVITI, San Sebastián-Logroño

Foureaux
+
Manteaux
+
Robes



Tailleurs
Dames
+
Tailleurs
Homes

Sigüenza

Garibay, 6.—San Sebastián

Robes e Manteaux

Raguette
Maison Parisienne.

Pau - Paris

Easo, 4.—San Sebastián
(frente al Hotel de Londres)

Grandes Garages Garnier

VENTA Y REPARACIÓN DE AUTOMÓVILES
Constructor del aparato patentado

Elevador

para suprimir la presión sobre la gasolina en los automóviles

PEDID PRECIOS Y DETALLES

Miracruz, 9, SAN SEBASTIAN

Prohito

en las carreras

Prohito

en la playa

Prohito

en Loyola, 4,

SAN SEBASTIAN



F. Larrarte

Sucesora:

Paulina Alfaro
Modista
Avenida de la Libertad, 3
San Sebastián

MONTE IGUELDO

á 15 minutos de la población

Funicular ☞ Restaurant de primer
orden ☞ Skating ☞ Cinemató-
grafo ☞ Baile ☞ Festivales, etc.

MARAVILLOSOS PANORAMAS

CONTADORES DE AGUA

THE BEST

aprobados por R. O. de 30 de Septiembre de 1911
y 3 de Junio de 1914

AMADEO DELAUNET

Casa fundada en 1885.—La más antigua é im-
portante de España en su género

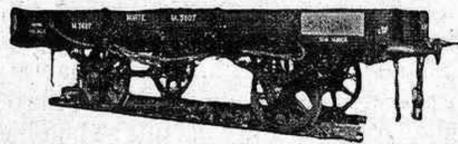
Miracruz, 8.—SAN SEBASTIÁN

HEREDEROS

DE

Ramón Múgica

SAN SEBASTIÁN



Construcción de vagones,
piezas de forja,
cierres y persianas enrolla-
bles de madera,
Cierres plegables de hierro

Grandes depósitos de maderas
nacionales y extranjeras

CORSETS

SUR

MESURE.

July de Aristi
Dernier modèles
de
CORSETS y fajas de goma
Vergara, 23, entl.º Tel. 5-37, San Sebastián

Erousseaux-Layettes

Avenida, 39

Teléfono 11-96

Elisa Arin

San Sebastián

BANCO GUIPUZCOANO

Capital social: 10.000.000 de pesetas
Reservas: 1.800.000 pesetas

Sucursales en Tolosa, Irún, Vergara, Azpeitia, Eibar,
Villafranca, Oñate, Pasajes, Azcoitia y Deva

Cuentas corrientes en pesetas, francos y libras á la vista,
abonando interés al 2 por 100.

Cartas de crédito. Giros. Depósitos. Ordenes de Bolsa.
Emisión de BONOS A VENCIMIENTO FIJO, deven-
gando el 2 1/2, 3 y 4 por 100 anual.

Toda clase de operaciones de Banca, Bolsa y Cambio.

PROVEEDORES EFECTIVOS



DE LA REAL CASA

CASA DELBOS

SIN RIVAL EN SU CLASE

SAN SEBASTIÁN

Comestibles finos ☞ Artículos de régimen
Champagne ☞ Licores, etc., etc., sólo en
marcas legítimas

Única Casa que provee al Palacio Real durante la jornada veranlega

DROGUERÍA Y PERFUMERÍA

DE

Pedro Lecuona

SECCIÓN ESPECIAL DE FOTOGRAFÍA,
APARATOS FOTOGRAFICOS Y CÁMARAS OSCURAS
PARA LOS AFICIONADOS

Fuenterrabía, 21.—Teléfono 17-49

SAN SEBASTIÁN

Frontón Moderno y Jai Alai

Todos los días, á las cua-
tro de la tarde, grandes
partidos de pelota á re-
monte

GRAN CASINO

Abierto todo el año



DE FUENTERRABÍA

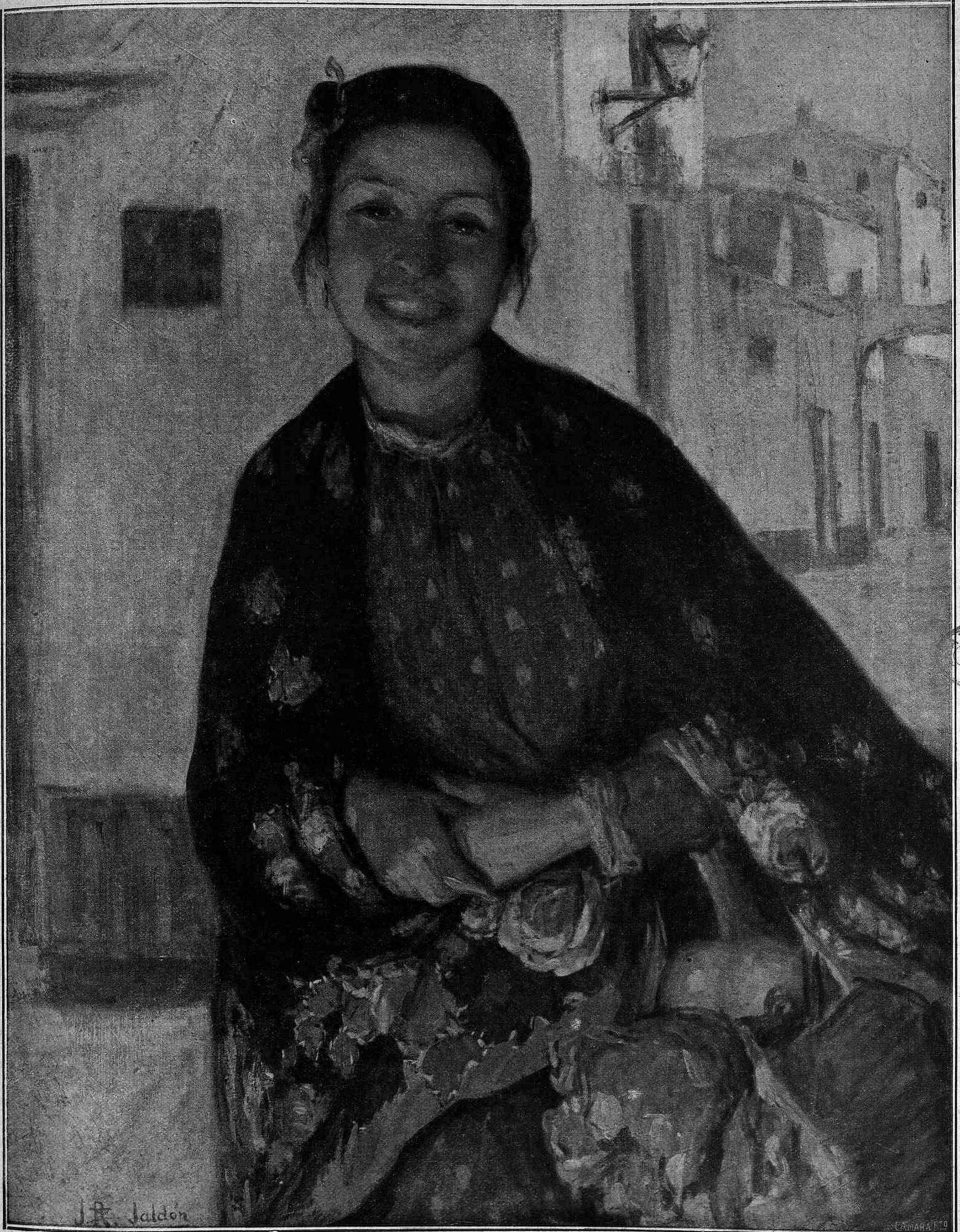
Gran restaurant ☞ Teatro ☞ Va-
rietés ☞ Conciertos ☞ Thes tango
☞ Bailes ☞ Skating ☞ Tennis ☞

La Esfera

Año V.—Núm. 240

3 de Agosto de 1918

ILUSTRACIÓN MUNDIAL



BIENIO DE
BIBLIOTECA
MADRID

UNA MOCITA
Cuadro de Rodríguez Jaldón

DE LA VIDA QUE PASA

Diálogo de un matrimonio feliz

ELLA y él estaban solos en la «biblioteca», como todas las tardes que no eran de recepción.

Ella era una mujer de hasta cincuenta años; mas la primavera refale aún en el marfil brillante de sus dientes, entre la flor de los labios y sobre su rostro, de un purísimo oval de madonna rafaelsca.

Contrastando con la humilde serenidad de sus ojos de aguamarina, su ensortijada cabellera cándida y sedosa, á lo marquesa Pompadour, era como un anacronismo gracioso, como un contrastido, como una paradójica coquetería.

El aventajábase muy poco en edad; rasurada la tez, sin marcarse mucho las facciones, gruesos y sinuosos los labios, el mentón huyendo hacia la garganta y suave el mirar de los ojos negros bajo el arco de las cejas sin severidad, tenía un aspecto bondadoso y sencillo de viejo, con salud en el cuerpo y en el alma.

—Estos periodistas ya no saben hablar de otra cosa—exclamó de pronto, estrujando el periódico que leía—. Aún siguen comentando la tragedia conyugal. Tú qué piensas, querida: ¿crees que el marido engañado debe matar?

—No; nadie debe matar, nadie tiene el derecho de matar—respondió ella, y como, al responder, advirtiese una mirada de asombro en su marido, prosiguió sonriendo: Me explico tu extrañeza. Sé que piensas como yo; pero no puedes comprender que piense como tú. Y tienes razón; mi opinión no es propia de una mujer. Casi todas las mujeres son á censurar á la víctima y á aplaudir al marido, y hay varios motivos para ello; pero el principal estriba en un sentimiento muy femenino, como es el odio de la mujer á la mujer. Verás, verás: entre nosotras, con las excepciones consiguientes, no hay amigas, como entre vosotros los hombres; no hay verdadera simpatía de mujer á mujer. Hay, latente en nuestro espíritu, un sentimiento de rivalidad, de hostilidad sorda, muchas veces inconsciente, contra todas las demás mujeres; nuestro entusiasmo por la belleza ó por la elegancia de una amiga, no es nunca enteramente sincero; extremamos nuestra severidad en el juicio, y siempre, en la mirada que dirijimos á la desconocida con quien nos cruzamos en la calle, hay un destello de odio invencible, que busca defectos y los agranda y hasta los inventa. ¡Y no es maldad, querido mío, te juro que no es maldad! Es condición nuestra, de toda mujer que sea completa, normal y enteramente mujer. Tal vez por educación; acaso porque lo primero que excitaron en nosotras nuestras madres, desde tiernecitas, fué la vanidad. Nos enseñaron á acicalarnos, á peinarnos con coquetería, á prendernos un lazo, á mirarnos al espejo, á ponernos de veinticinco alfileres, á gustar á los hombres, á vencer su admiración, á buscar novio, á saborear las mieles del requiebro, y así, nos formamos un espíritu enfermo de vanidad, codicioso de homenajes, que ve en toda semejante un enemigo de nuestro triunfo. Queremos ser la más piropeada en el paseo, la más lujosa en la recepción, la más solicitada en el baile; no sabemos perdonar que se nos posponga á otra más bonita, y una sospecha contra nuestra moral nos ofende mucho menos que la duda sobre la autenticidad de nuestros dientes, y, sensibles á la adulación, no perdonamos la sinceridad que nos lastima de buena fe y transijimos con la torpeza que nos halaga. La mujer es un sér hecho de vanidad, y la vanidad es un sentimiento mezquino, de un egoísmo tan sórdido, que no da paso libre ni al amor ni á la compasión. Por eso es fácil que una mujer sea buena madre, buena esposa, buena hija, buena enfermera, buena camarada de un hombre, pronta á todos los sacrificios y á todos los renunciamentos, y es, en cambio, menos fácil que sea buena hermana de su hermana más bonita, buena amiga de su amiga más elegante, y completamente imposible que sea juez piadoso de las faltas de otra mujer. Es algo más fuerte que nosotras: es la vanidad, madre de la envidia, una envidia inconsciente, que no depende de nuestra voluntad—la mujer es, naturalmente, bondadosa y tierna—, pero que tiene su causa inevitable en la educación que recibimos, en el papel que desempeñamos, en la situación en que estamos colocadas en el mundo. ¿Me entiendes?

—Te entiendo—exclamó él, sonriendo á su

VÍSPERAS



*Las cuatro daban en la catedral,
y el esquilón de la Giralda
llamaba á visperas. El sol
de la tarde estival,
entraba por las vidrieras policromas
y las altas rosetas de colores
abiertas en los muros
ojivales del templo, en rayos puros
surcados por inciensos y bíblicos aromas
como un bello tesoro
de transparentes flores;*

*amatistas, rubí, topacio y esmeralda
de dulce luz; é iluminaba el facistol
en el centro del coro
con sus libros enormes, abiertos, de nimado
pergamino, las hojas color gualda
enfloradas de rosas,
con las mayúsculas en oro,
cinabrio y púrpura, y sutiles
grecas entre las claves
y pautas de la música y las prosas
viejas latinas.*

*Los seises con sus voces gentiles,
cálidas y argentinas,
sonoras como besos, floridas como abríles,
entonaban un cántico sagrado
de agudas notas y fermatas suaves;
y los chantres, después,
con los bajos profundos y graves
como sentencias del Eclesiastés,
preludaban las tercias, las completas,
las visperas y nonas en canto gregoriano,
con el litúrgico decoro
ceremonial, solemne, del día: ¡la Asunción!*

*Había un grato olor
á jazmín, y un rumor
de alas y arrullos de vencejos
y palomas, en el contiguo
Patio de los Naranjos de un albor
tan luminoso, tan antiguo
bajo los reflejos
del sol, y de una gracia tan clara y armoniosa,
tan ingenua y tan buena
como el alma de un niño,
ó como la delicia de un lejano cariño
evocado sin pena.*

*Los naranjos frondosos, los ramos polvorientos,
soportaban el peso, la calma luminosa
del sol de Agosto, verdes y sedientos,
junto á la vieja fuente
de amplia taza de piedra y monótono son
que soñaba... Y, enfrente,
embocando la calle de Colón
con su arco oriental,
se abría á la ciudad la Puerta del Perdón.
Suscitaba el ambiente
de la tarde, en el Patio, mil nostalgias lejanas,
cariciosas y alegres, junto á la catedral;
fragancias ideales, sensitivas...*

*El sol doraba las ojivas
de piedra. Y las campanas
divinas y sonoras,
volteaban cantando junto al azul del cielo
con sus voces de auroras,
sobre la maravilla
de la Giralda—gracia, delicia, encanto y vuelo—
entre un coro de amores y ensueños de Sevilla!*

RAFAEL LASSO DE LA VEGA

vez—; pero creo que exageras. Tus mismas palabras te demuestran que exageras. ¿No eres tú también mujer?

—Yo no niego las excepciones—repuso ella—, y, además, ya no soy una mujer, soy una vieja...—Y como adivinase, en la mirada de su marido, que iba á decirle una galantería, la esquivó prontamente con la audacia intempestiva de una pregunta.

—Si supieras ahora, si yo te lo confesara, que te había engañado en otro tiempo, ¿me matarías?

Tan seguro estaba él de la fidelidad de su compañera, que ni una sombra de celos turbó la sencillez bondadosa de su rostro, y, tras de besarle la mano, le habló así, lleno de sinceridad:

—Estoy convencido de que no me has engañado nunca. ¡Es muy graciosa tu pregunta! Pero aunque me hubieras engañado, ¿no fuiste siempre buena, inteligente, cuidadosa, tierna, amorosa conmigo? ¿No me acompañaste con un noble espíritu de sacrificio, alentándome en la desventura; no debo á ello, no te debo á ti, mi ventura de hoy? ¿Crees tú que el pecado de un instante puede aniquilar, en el juicio de Dios, la virtud de toda una vida, antes y después de la falta? ¿Cómo ha de ser justo el hombre que, en el egoísmo de su sensualidad de conquistador y de dueño, olvida en una hora de amargura todo el dulzor de muchas horas?

El era un hombre justo; era una mente sin prejuicios; era un corazón sin egoísmos y sin rencores, y era, además, un espíritu cultivado y un cerebro bien nutrido, y por eso continuó hablando en contra del marido vengador, del concepto calderoniano de la honra, y aun hizo que floreciese de citas clásicas y poéticas la compasiva elocuencia de su discurso.

—Grande fué el crimen de Paolo y Francesca—concluyó diciendo—, y, sin embargo, el Dante exclamó con ellos:

«Amor condusse noi ad' una morte:
Cania attende chi vita ci spense.»

Y si esto lo decía un poeta en el siglo catorce, ¿cómo hemos de aprobar al que mata en pleno siglo veinte? ¡No; nadie tiene nunca el derecho de matar!

—Y yo no te engañé nunca—dijo ella con una sonrisa, en la que asomaba toda la blancura de su alma sin pecado—; pero no me enorgullezco de haber cumplido un deber, que era en mí una agradable necesidad. Yo no te engañé, porque te amaba, y nunca dejé de amarte, porque fuiste bueno conmigo. Pero los hombres no son, á los dos años de matrimonio, los mismos que fueron en la luna de miel; los hombres olvidan, porque van al café que sus mujeres no frecuentan, que la mujer es un sér eminentemente sensible á la grosería, que las palabrotas y las blasfemias la hieren en lo más hondo, y que el amor no resiste, en la santa soledad de la alcoba, á esa libertad de lenguaje que ellos usan en sus reuniones. Esto solo, puede ser causa de desamor; esto, que á los hombres parece tan natural, tan propio en la confianza conyugal, y que nos lastima tanto, porque hiere nuestra delicadeza y desgarrá el velo de nuestra ilusión. Cuando el amor se ha ido, ¿á quién exigirle fidelidad? Yo te amaba y te fui fiel; no veo mérito en ello; pero la fidelidad de las que no aman, es sólo propia de las heroínas..., y la mujer, la pobre mujer, es un sér humano, débil y sensible, de carne y hueso, con nervios, y corazón, y fantasía, miserable costilla de vuestro barro miserable.

—¡Ah—exclamó él radiante—, ya ves cómo defiendes á la mujer! ¡Cómo eran falsas tus teorías!

Fuera, se había hecho la noche, y, en las sombras que invadían la «biblioteca», los dos viejos, que no se habían traicionado, porque habían sabido amarse, se arrullaron aún como dos palomos, con aquella ternura santa y cordial, hecha de mutua seguridad y de mutuo respeto, guardando juntos el tesoro de su ilusión perenne, que todos los crepúsculos, en la soledad de la «biblioteca», aun hallaba modo de florecer en un beso casto, gentil y amable, como un madrigal.

FELIPE SASSONE

LOS POETAS Y EL AMOR
LAS MUJERES DE GARCILASO
 GALATEA, Ó EL SUSPIRO

SIN padre á los nueve años, el niño Garcilaso, que mezcla en sus venas nobles la sangre heroica de Guzmán, el de Tarifa, y la sangre lírica del poeta prócer, Santillana, es acogido del emperador y llevado al Alcázar de Toledo.

Allí, bajo el ceñido magisterio de Pedro Mártir de Anglería, alterna sus estudios humanistas con juegos de pajes y piruetas de bufones. Tal vez en su vagar por el palacio tropezó en la antesala real con el avinagrado gesto del señor de Chèvres. Acaso, una mañana de sol y aromas, presenció entre los cigarales el baño de las damas de Doña Isabel. Quizá, una tarde triste vió pasar bajo sus ventanas la litera del conde de Benavente, «el castellano leal».

En las veladas del invierno, cuando al sonar la queda y cambiarse las guardias de palacio el niño, de la mano de un mayordomo, cruzara las estancias frías, tal vez diera un repente y gritos viendo al bufón don Francesillo de Zúñiga salir, fingiéndose el diablo, de entre unos tapices. Y tal vez luego en la saleta, viendo á unas damas descotadas y mimosas, temblase, como un pájaro, á sus caricias...

¿Cuál de aquellas damas de Corte fué la Musa de su primera estrofa? ¿Cuáles manos suaves las primeras que, acariciando al paje niño, estremecieron al poeta-hombre? La Historia, grave y recatada, se aleja cuidadosamente de puntillas, con un dedo en los labios y un rubor en las mejillas castas. La Erudición no puede hollar el templo de los sueños, el tabernáculo de los suspiros. La Emoción solamente puede entrar allí. Y es la Emoción, esa vestal magnífica, quien nos lleva al severo Alcázar, en una de cuyas estancias anohecen un día y un candor.

Ved, junto á esa ventana que da al río, á este Macías de once años, de enlutada ropilla y ojos pensativos. Estudia en el Virgilio abierto. Bebe el agua clarísima de las *Eglogas*. Huele el aroma de los campos. Oye el cantar de los pastores. La infantil sensibilidad se ofrece ingenua y palpitante. De pronto se oye afuera ruido como de cabalgata, como de cortejo. El doncel Garcilaso va á la ventana conmovido.

Por la ancha cuesta del Alcázar suben pajes, merinos, arcabuceros, rodeando una litera con blasón. El doncel ve una mano blanca y una espléndida cabellera rubia. Una ilusión. ¡Una mi-



ISABEL DE ESTE, por Tiziano

jer!... ¿Doña Ana? ¿Doña Leonor? No es ninguna y son todas, porque es «ella». Entre jubones y gabanes, avanza lentamente el cortejo. Escuderos, pajes, literas. Y al trasponer de los cabellos rubios, de la mano blanca, el doncel, enlutado y triste, suspira. No preguntéis: «¿Por qué el suspiro?» Preguntad, más bien: «¿Por qué el Amor?»

ooo

Sobre el Virgilio abierto, el doncel, la color perdida, siente los primeros desmayos del «dulce mal»:

«Nerine, Galatea, thyme mihi dulcor hyblae, candidior ognis hedera, furnosior alba?»

Así, tal vez, entre el Virgilio-Verbo y la dama hecha carne rubia, surgió el «Credo» de amor á los once años. Y así, quizá, de la divina sugestión del libro y de la humana sensación de la mujer, surge, atrayente y turbador, adivinado y presentido, amor de niño para dolor de hombre, este perfil de Galatea.

En la primera estrofa de Salicio asoma esta belleza fría, como Artemisa en la primera oración vestal, espléndida, arrogante, impasible:

¡Oh, más dura que el
 [mármol á mis quejas
 y al encendido fuego en
 [que me quemo,
 más helada que nieve,
 [Galatea!

La Galatea lírica, glosada de Virgilio («Egloga» VII), es aquí la belleza rígida y fatal que, como Helena en el *Himno Porthomérida*, «enciende á todos en amor, quedando ella siempre fría».

Pero esta Galatea de la fábula se hace mujer á los conjuros del amor. Garcilaso trunca su mármol en carne rubia. No es la gracia de un mito, sino el dolor de una verdad. No la estatua impasible é indiferente, sino la Musa del perjurio y de la elegía.

... Tu dulce habla ¿en
 [cuya oreja suena?
 Tus claros ojos ¿dónde
 [los volviste?
 ¿Por quién, tan sin res-
 [peto, me trocaste?
 ¿Cuál es el cuello que,
 [como en cadena,
 de tus hermosos brazos
 [anudaste?
 ¡No hay corazón que
 [baste,
 aunque fuese de pie-
 [dra,
 viendo mi amada hiedra
 de mí arrancada, en
 [otro muro asida,
 y mi parra en otro olmo
 [entretejida!...

La ternura y delicadeza de este dolor, no superadas por ningún poeta de ningún país, tiene un eco infantil y balbuciente. Más que un hombre acusando á una mujer, Garcilaso parece un niño llorando el abandono de su madre.

¿Quién fué en vida de Garcilaso esta hiedra arrancada á su corazón? Galán discreto, amador hidalgo, el príncipe de nuestros poetas se hermana con el condestable, su precursor:

«Mi persona siempre fué,
 et así será toda hora,
 servidor de una señora
 la cual yo nunca diré.»

Doña Leonor, doña Beatriz, doña Ana, dama ó emperatriz, liviana ú honesta, una de ellas ó todas juntas, pulieron este mármol de Galatea, cuya blanca, arrogante y mórbida desnudez, decora los jardines de Garcilaso. En el balcón ó en el torneo, al descender de la litera ó al montar el corcel de la cetrería, Galatea es la dama ó la emperatriz que, acariciando al paje niño, ha iniciado al poeta-hombre.

Y ahí está, como iniciadora y maestra, en las *Eglogas* y en la vida de Garcilaso, cuyas mejillas de doncel se arrebolan cuando ella pasa...

CRISTÓBAL DE CASTRO

LA ESFERA

LA MODERNA PINTURA FRANCESA



ORFEO, cuadro de Gustavo Moreau, que figuró en la Exposición Francesa del Retiro



LA BACANTE Y EL PARIA

En un mismo navio, como en un mundo mismo, sobre la superficie del mar, sobre el abismo, iban una bacante cosmopolita y bella, que respondía al nombre luminoso de Estrella, y un pobre vagabundo, un paria de la vida, héroe de la desgracia, en viaje de huida...

En un mismo navio, con otros viajeros, todos en aquel mundo de tránsito extranjeros, la bacante dichosa y el triste vagabundo, extraños uno al otro, como en distinto mundo, acaso iban los dos hacia un mismo destino; sin duda á un mismo puerto por un mismo camino, y tal vez, á pesar de su distinta suerte, iban, sin sospecharlo, hacia una misma muerte...

Y en tanto que el navio seguía su viaje, como un tritón, luchando contra el fiero oleaje, la bacante danzaba al final de una orgía, ante un concurso ebrio de amor y de alegría.

La bacante danzaba, casi desnuda, loca, llevando sin cesar á su insaciable boca las copas rebosantes de divinos licores que le ofrecía el coro feliz de adoradores, jóvenes elegantes y viejos millardarios, unos extravagantes y otros estafalarios...

Su amor y sus tesoros brindaban á porfía á la hermosa bacante, reina de la alegría. Ella, entonces, en medio de sus locos delirios, gritó, alzando sus manos, pequeñas como lirios:

«¡Quiero la luna!... ¡El mar!... ¡Quiero el fondo del mar!...
Y lo imposible... ¡Quiero toda mi sed saciar!...
¡Toda mi sed de amor!... ¡Mi sed inextinguible!...»

Y una explosión unánime de carcajadas locas brotó, como un torrente, de las amantes bocas.

«¡Estoy harta, estoy harta de amantes elegantes!», prosiguió. «¡Ya me hastian las conquistas galantes!...
¡Quiero, como otras reinas, amar algún mendigo! Ninguno de vosotros volverá á ser mi amigo si en esta misma noche no fuese complacida...
¡Quiero un amante triste que me alegre la vida!...»

Y al pobre vagabundo, que dormía en la proa del navio que iba hacia la nueva aurora, capricho de una reina, lo fueron á buscar... ¡y en brazos de la hermosa aun creía soñar!...

«¿Estoy despierto ó duermo? ¡Mujer, dime quién eres!...»
«Soy un hada... Yo puedo darte todo... ¿qué quieres?...»

«¡Pero es horrible!», el coro de amantes exclamaba.

Y ella también decía: «¡Horrible!», y lo besaba. «Es el hombre más feo, sin duda, y miserable... pero, por eso mismo, me parece adorable... Es un manjar extraño, dejádmelo gustar... Es como si saliese del fondo de la mar...»

Lo raro es lo exquisito para mí, y este pez lo sirvo á mi capricho, hoy, por primera vez... Así, en su propia salsa, como un gran calamar... ¡Traed champaña á mi amante!... ¡lo quiero emborrachar!»

Y corría el champaña como un río de oro, inflamando cerebros y pasiones, y á coro cantaban los esclavos del capricho de Estrella: «¡El borracho es innoble, mas la bacante es bella!»

Cantaban, recordando una canción galante: «De amor y de alegría se embriaga la bacante...» «¡Muera el borracho, muera el favorito inmundo!... ¡Arrojémosle al mar!... ¡Al mar el vagabundo!...»

Y esto diciendo, iban á realizar su intento, cuando un choque espantoso, un temblor violento, sacudió todo el barco de babor á estribor. Se vió en todos los rostros una sombra de horror... «¡El naufragio, el naufragio!», gritó la voz del pá-nico. Todos vieron abrirse el abismo oceánico como una inmensa boca, donde el buque se hundió. Todo el pequeño mundo tráfuga naufragó. Y la bacante bella y el triste vagabundo, extraños uno al otro, como en distinto mundo, pocos momentos antes, ¡caprichos de la suerte!, por el amor unidos, se hundieron en la muerte. Y las sirenas báquicas dijeron su cantar. ¡Qué orgía, entonces, hubo en el fondo del mar!...

GOY DE SILVA

DIBUJO DE VERDUGO LANDI

NUESTRAS VISITAS

ANITA MARTOS

TRENZÓ las manos, largas, pulidísimas, de bláncura eucarística, sobre el pecho, en una actitud muy de Dolorosa, y afirmó dulcemente:

—¡Oh, sí!... Soy muy religiosa.

—¿Por educación ó por convencimiento? —continúo preguntando yo.

—Por las dos cosas —repuso ella alzando místicamente la dulce mirada de sus pupilas color oro, en una ofrenda de sus palabras al cielo.

—¿Le gusta a usted rezar...?

—Sí; claro. Me agrada hablarle á Dios; refugiarme en los consuelos de la Religión.

—¿Le inquieta á usted la muerte, Anita?

—No me gusta pararme á pensar en ella... Lo que á mí me inquieta profundamente, horriblemente, es el no llegar á triunfar; el ser arrastrada por la indiferencia. ¡Amo tanto mi arte!...

Y el gesto dulcísimo de la inmaculada, de carne muy blanca, translúcida de rosa, de ojos muy grandes y un poco melancólicos, y de cabellos color caoba, se animó, se transfiguró, se hizo más humano, al evocar su divino arte. Algo así como si su arte fuese su galán y acabase de prostrarse á sus pies.

—Sí; amo mucho á mi arte—volvió á repetir lentamente, en un éxtasis de íntimo convencimiento, como acariciando las palabras con sus labios finos y muy bien dibujados.

—¿Desde cuándo?

—¡Ah, no me acuerdo!; desde que tenía uso de razón. Yo aprendí á recitar antes que á leer. Cuando era un comino, que apenas tendría siete años, mi mayor delicia era

hacer comedias con mi hermana, mis primas y mis amiguitas. Teníamos un guñol y allí inventábamos las comedias sobre lo que habíamos visto el domingo. Yo entonces era una segunda figura.

—¿Cuál era la primera?

—Mi hermana Laura. Desempeñaba papeles de galán. Recuerdo que teníamos en nuestro repertorio la poesía de Campoamor «Escribidme una carta, señor cura», y yo hacía de cura, con mis hábitos y mi peluca blanca... ¡Muy gracioso!...

—¿Y qué obras le gustaban á usted más entonces?



ANITA MARTOS
Bella y notable actriz

—¡Ah, las clásicas... las clásicas! ¡Cuántas veces tengó yo dicho aquello de «Calle la boca y hable el acero!»

Reímos... y pasó un silencio breve.

Anita continuaba sentada en la butaca panzuda, de raso, con las manos cruzadas sobre el pecho, como sujetando su corazón. A su lado permanecía de pie una enorme muñeca, de cabellos color lino y carita risueña, vestida de doncella... Al ver la eminente actriz que la observábamos, explicó risueña y acariciándola:

—Esta es Dorotea, mi doncella. La tengo aquí

conmigo, por si usted me hace alguna pregunta que yo no sepa ó no pueda responder, que conteste ella por mí. ¿Verdad, Dorotea?

La muñeca afirmó con la cabeza.

—Muy bien; ya veremos, señorita Dorotea.

—¡Oh, no; señorita, no!—protestó Anita cómicamente—; Dorotea sólo, ¿no ve usted que es mi doncella?

Y el gesto de la bella artista, inundado de una inefable serenidad, se quedó esperando mis preguntas.

—¿Y cómo nació en usted la idea de dedicarse al teatro?

—Esa idea eran los dictados de todo mi sér. Era la estrella fija de mi imaginación. Pero en casa... no se podía hablar de tal locura... ¡Yo, la única nieta del gran D. Cristino Martos y de Escurra, rodando por los escenarios! ¡Fíjese usted, ni hablar de eso!

—Pero, ¿cuándo recibió usted la sensación más tangible de que tenía condiciones para dedicarse al arte?

—En El Escorial. Veraneábamos... Tenía yo doce años, y en el jardín de casa hice *La reina*, de los Quintero. Y, amigo mío, triunfé, tan plenamente, que se avivaron mis entusiasmos... Desde entonces, ya cultivaba las comedias en casa, ante las amistades. Un día representé *Porque sí*. Linares Rivas asistía á la función, y se entusiasmó de tal manera que me ofrecía, en *El caballero Lobo*, obra que entonces se estaba ensayando en el Español, uno de los principales papeles.

—¿Y no se decidió usted?

—Yo estaba decidida... Pero mi madre se oponía.

Hubo unos segundos de silencio.

—Después, «Miquis» me invitó para que tomara parte en las representaciones del teatro de Arte. Hicimos *El escultor de su alma*, de Garivet. Yo, el papel de *Alma*, y del éxito que tuve entonces salió el debut.

—¿Se convencieron en su casa?

—Se convencieron de que mis aspiraciones eran muy legítimas; amaba el arte y, además, quería crearme una aspiración independiente. Mi padre temblaba de que yo pusiera en ridículo mi apellido, de abolengo ilustre. Lo compren-

do ahora; pero yo tenía mucha confianza en mí... y debuté con *La esclava*, en el Teatro Español, el día 3 de Diciembre de 1909.

—¿Y cómo usted, tan pura, tan inmaculada, tan inocente, tan religiosa y tan angelical, pudo hacer y sentir el escabroso papel de hetaira?

—Ese es el arte. Porque no saber representar más que lo que uno es, no es ser artista. Lo mismo que nos ponemos una peluca rubia, debemos sabernos poner el alma de un personaje.

—Siga... ¿Y el día del debut?

—No comí; me sostuve con tazas de café.

—¿Estaba usted muy emocionada?

—No; iba segura de mi éxito... ¡Era una chiquilla!... La noticia de que asistiría el Rey me emocionó un poco. Y llegó el instante supremo...

Anita rememora este momento con un alborozo quinteriano de fiesta. Toda ella iluminada por un inefable entusiasmo.

—Recuerdo que el público estaba protestando, porque de un brasero que había en escena, en donde quemaban perfumes, salían llamas. Y al pisar yo el escenario se hizo un silencio profundo. Este silencio tan eléctrico me emocionó: me parecía ¡qué se yo!... Que acababa de hundirme en un abismo ó en el fondo del mar, sin más compañía que mi corazón; porque le oía aletear frenéticamente.

—¿Y triunfó usted?

—Triunfé plenamente, con todos los honores y todas las felicidades. En aquella noche están los mejores recuerdos, los más hermosos, de mi carrera artística. En aquella noche no me hubiese yo cambiado por nadie.

—Es usted monárquica, Anita?

—Sí, señor; sí, señor; lo soy por convicción y por simpatía hacia la familia Real.

—¿Y desde aquella noche...?

—Ya he trabajado todas las temporadas.

—¿En qué teatro le gusta á usted más trabajar?

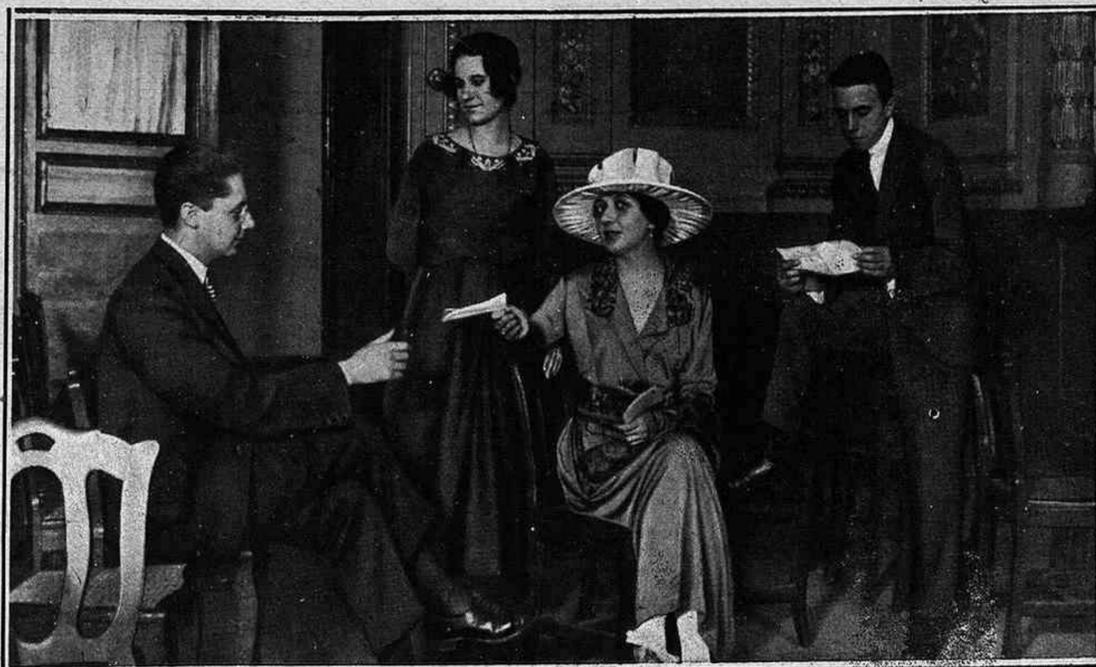
Encogió los hombros, indecisa.

—¿Qué sé yo!... En el que esté trabajando. Al Español le tengo un gran cariño por mi debut, y por la Comedia siento una profunda simpatía.

—En la actualidad, ¿sigue usted contratada con María Guerrero?

Dudó... Miró á su doncellita y, tras corta meditación, se puso muy diplomática.

—No... no, «Caballero Audaz». Verá usted: María Guerrero, con bondadosa insistencia, solicitaba mi incorporación á su compañía. En esta última temporada volvió á su deseo, manifestándome su decidido propósito de descansar en mí los papeles de primera actriz joven. Esto era muy lógico, y yo, porque me convenía, y ante su reiterada insistencia, acepté. Pero, amigo mío, ya dentro de su compañía, me convencí de que todavía la Guerrero puede defender los papeles propios para mis aptitudes y condiciones, y fal-



Anita Martos en su cátedra de declamación del Conservatorio

tándome allí oxígeno á mi arte, aunque sintiéndolo mucho, no quise continuar con ellos. Ahora bien, mi torpeza al haber aceptado este contrato, está compensada con haber tenido ocasión de hacer *La Fedra*, de Unamuno, en el Ateneo, que ha sido una de las mayores felicidades artísticas de mi vida.

—¿Qué proyectos tiene usted pendientes para la próxima temporada?

—Hasta ahora no tengo nada ultimado. Quiero y espero trabajar en Madrid.

—¿Cuál es su suprema aspiración en arte?

—Poder hacer en un teatro una temporada con obras de mi repertorio y escritas para mí; no á la medida, no, sino para mí.

—¿Encuentra usted hostilidades en sus compañeras de arte?

Dudó un momento. Después, dulcemente, pero con una intensa amargura, contestó:

—¿Qué sé yo!... Verá usted: aquí, como usted dijo muy bien en una crónica, muchas de nuestras actrices se hacen á medida de los caprichos amorosos de los empresarios, y como mis armas son solamente artísticas, y no esgrimo las personales, encuentro algunos escollos.

—¿Cuál es su actriz predilecta?

—Sobre todas, Rosario Pino; porque todo lo que ha hecho son aciertos, afirmaciones.

—¿Y el actor que más le gusta?

—Borrás. Me parece el más genial.

—¿Y el empresario preferido?

Anita rió mi pregunta; después repuso:

—Tirso Escudero. Los dos años que fué empresario mío se portó muy bien, muy caballero.

—¿Estudia usted mucho?

—Muchísimo.

—¿Tiene usted buena memoria?

—Prodigiosa. Es una de mis mejores cualidades. Estando en el Español, se puso enferma Nieves Suárez, y yo, sin conocer la obra más que de haberla visto representar, salí á hacer su papel. Y no hay que olvidar que el personaje de Celia habla más que el Tenorio.

—¿Ha estado usted enamorada?

La ingenua artista ríe deliciosamente, excelsamente, entre los revuelos de una confusión de niña, y...

—Un poco... sólo un poco... Cosa de atarme, no.

—¿De quién?

Aumentó su confusión... Y siempre con las manos cruzadas sobre el pecho, protestó:

—¡Vaya una pregunta! Eso no le importa al público.

—Perdóneme usted, Anita. Al público le interesa todo lo relacionado con sus artistas predilectas, y usted es una de ellas... Dígame usted, ¿de quién estuvo un poquitín enamorada?

—No lo digo. Acíértelo usted: del hombre más pedante y más estúpido de Madrid.

—Las señas no son muy precisas... Pero, en fin... será...

Dijimos un nombre, el nombre del caballero que, á nuestro juicio, bate el *record* de la antipatía en Madrid... Ella rompió en una carcajada, y, palmoteando como una chucuela, exclamó:

—¡Ese!... ¡ese!...

—¿Es usted romántica?

Tardó unos segundos en responder; durante ellos se auscultaba el espíritu.

—No mucho... A ratos.

—¿Qué es lo que más le gusta?

—El teatro. Trabajar ó estar de espectadora. Siempre el teatro. Es un vicio.

—¿Es usted valiente ó cobarde?

—Soy valiente hasta la temeridad.

—¿Qué autor dramático le gusta más?

—Galdós, y también mucho Benavente y los Quintero.

—¿Lee usted mucho?

—Sí; me gusta con locura. En este terreno también prefiero á Galdós.

—¿Cuál es su crítico preferido?

—¡Oh, todos! Para mí la crítica ha sido siempre muy cariñosa. Todos.

—No; uno sobre todos: ¿cuál?

—Mañolo Bueno.

—¿Y el poeta que más le gusta leer?

—Yo no sé si será pasión de familia, pero Espronceda.

—¿Era de usted...?

—Bisabuelo—lo dijo con altivo orgullo.

—¿Es usted alegre ó triste?

—Alegre. Me paso la vida cantando.

—¿Cuál fué el día más feliz de su vida?

—Ya se lo he dicho. El día de mi debut.

—¿La desespera á usted mucho el sufrimiento?

—No, señor. Estoy acostumbrada á sufrir. Tengo un corazón muy sereno, que sabe recibir penas y alegrías sin aturdirse.

—De todas las obras por usted representadas, ¿cuál le gusta más?

—*La loca de la casa*.

—Y en su vida íntima, ¿qué aspiración tiene usted? ¿Casarse...?

Me interrumpió rápida:

—No; nada de casarme. Vivir muchos años con mi madre y tener siempre un ramo de flores.

—¿Qué le gusta á usted más? ¿El día ó la noche?

—¡Oh, la noche!... Durante la noche parece que se acerca una más á Dios... que se piensa más en el cielo y en el misterio de la Naturaleza.

—¿Está usted satisfecha con su cátedra de declamación?

—Satisfechísima. Tengo muy buenos discípulos. Y se siente una emoción especial después de haber enseñado... Enseñar es como crear.

Se iba la tarde. Por el balconcito que daba á la calle de Velázquez entraba una dulce luz tamizada, con reflejos de topacio.



Anita Martos con su "doncella" Dorotea

FOTS. CAMPÚA

EL CABALLERO AUDAZ

SONETOS



BARTOZZI

APARIENCIA

Nunca vieron los siglos más muertos sobre tierra:
nunca el odio artefactos inventó más dañinos;
¡es la guerra, es la guerra, la incontrastable guerra
de pueblos que pretenden abrir nuevos caminos!

A los beligerantes este furor no aterra:
juntos en las trincheras señores, campesinos
de Bélgica y de Francia, de Italia y de Inglaterra,
pelean y sucumben con ardores leoninos...

¡Es el hombre moderno, refinado y nervioso,
quien esta historia trágica con sus dolores narra,
él, que en la paz vivía indolente y vicioso!

No en arma destructiva se torna una guitarra.
¡Qué escondidos estaban—lo externo es engañoso—
bajo el frac, el gorila; bajo el guante, la garra!

DIBUJO DE BARTOLOZZI

EN UN BANQUETE

¡La arrogancia del hombre, sus necias vanidades,
todo pompa, apariencia, mentira y efectismo,
por dentro podredumbre, dolo, envidia, ruindades!
Nunca fué de otro modo. ¡Siempre será lo mismo!

Franceses y españoles, italianos y rusos,
de barbas fugitivas ó atávicos prognatas,
de sus trajes despójales, de sus nativos usos,
y verás que son todos gorilas en dos patas.

El dinero, las faldas, los honores ficticios,
la retórica hueca son sus grandes placeres,
en torno de los cuales giran sus otros vicios...

¡Oh, mamífero implume, para que estés á gusto
hay que darte á montones oro, carne y mujeres
y adornarte de cintas y de cruces el busto!

EL CABALLO DE CARRERAS

Nervioso, esbelto, el ojo fulminante,
ganó el gran premio en las carreras; rauda
como el viento pasó, todo llameante,
hasta alcanzar de la victoria el laudo.

Manos de rosa y nácar le aplaudieron;
vóces que eran arrullos le aclamaron;
¡las gacetas su nombre difundieron
y hasta las liras en su honor vibraron!

Mudanza de los tiempos: ¿quién recuerda
el pasado esplendor desvanecido?
Hoy ciego, cojo, en rebelión la cerda,

da vueltas, bajo el látigo, á una noria...
¡V tu historia, oh, cuadrúpedo vencido,
es la historia del hombre! ¡Vieja historial

Emilio BOBADILLA
(Fray Candil)



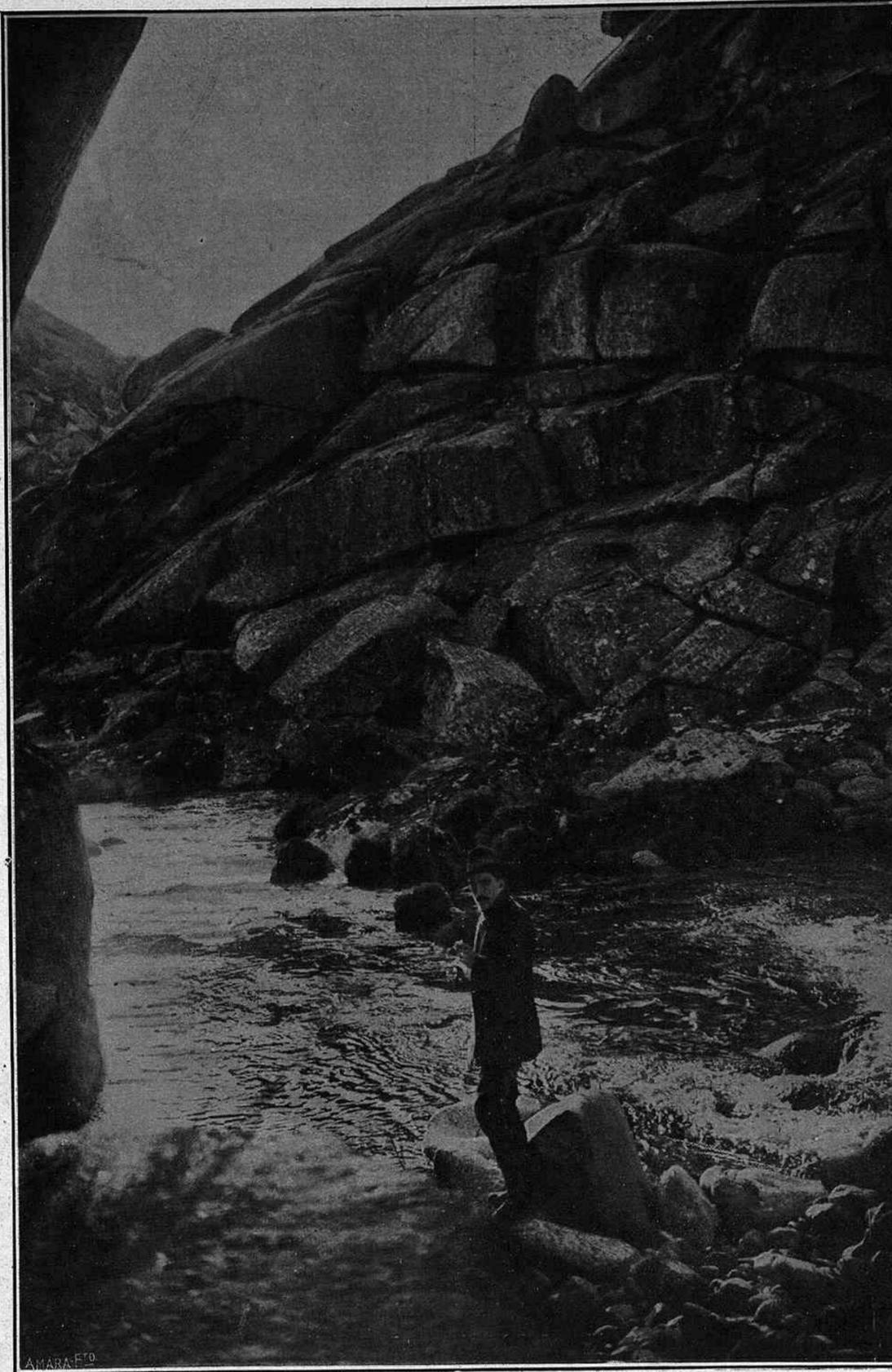
LA SIERRA NUESTRO AMIGO EL GUADARRAMA



ESA sierra, de donde vienen sobre Madrid los vientos enemigos, nos atrae ahora, en el estío, como un refugio contra la terrible furia del sol manchego. Vamos poblándola, poco á poco, de tejados rojos. Conducimos á ella nuestras caravanas veraniegas, y, además, la encontramos hermosa. Hace veinte años, *Clarín*, con un poco de malicia asturiana, admiraba la sencillez de Galdós, que se extasiaba con la grandeza del Guadarrama nevado. Y ya veis que, entonces, era D. Benito el que, por amor á Madrid—lo contrario del crítico—, tenía sensibilidad más fina para apreciar el valor estético de una tenue pincelada blanca.

Ha llegado ya á ser el Guadarrama un personaje nuevo, un amigo nuevo con quien reanudamos amistad todos los veranos, sin riesgo de olvidarle cruelmente cuando llegan los fríos. ¡Así se venga él! Y he dicho que es un amigo nuevo, porque Madrid ha vivido muchos años—siglos—más lejos, espiritualmente, de la sierra que del Cantábrico y del Mediterráneo. En otra época, cuando Madrid no era más que una villa, los robledales y los encinares, las desnudas peñas de la Maliciosa, con su nube negra, coronándola de tempestad, y los valles aromados de tomillo y cantueso, tenían quien los mirase todo el año con amor. Acabamos de ver—resucitada por el buen gusto de Beruete—á doña Catalina Suárez de Figueroa, la marquesa de Santillana, de rodillas en su sitial, sola con sus pensamientos, entre los muros de su palacio. Esa dama, con su cofia de lino y su túnica de seda roja y su manto de velludo verde, rodeada de sus damas y su corte de caballeros y servidores, va á preferir los riscos de la sierra al campo de Buitrago. Cuando la marquesa corría los dominios del Real de Manzanares, era todo poblado de frutales. Dormía el valle más sosegado de la sierra bajo los picachos de Las Pedrizas, y el castillo—tan bello de líneas, tan airoso—, no parecía obra de tirano, sino sueño de trovador. Viendo la paz y la serena transparencia del cielo en estos valles del Guadarrama, Felipe II, y luego el primer Borbón Felipe V, trazaron también sus retiros de El Escorial y de La Granja; pero cuando nosotros empezamos á vivir, el Real de Manzanares no era sino ruinas solitarias, y La Granja y El Escorial se nos aparecían como oasis artificiales en el desierto desapacible de la sierra. Sólo ahora hemos empezado á extender el ambiente de una gran ciudad como Madrid hacia los valles vírgenes por donde todavía no pasa el tren ni aun la cinta blanca de una carretera.

Y ahora es, precisamente, cuando deberíamos



Un aspecto de La Pedriza, en la sierra del Guadarrama

FOT. PALACIOS

pensar en la situación real de la sierra, no en la emoción estética que nos proporciona. Siempre que miro hacia el azul del Guadarrama—la avanzada de ese ejército de montañas, emplazado como una guardia ó como una amenaza frente á Madrid—, pienso en los que viven allí todo el año, no como veraneantes ni como alpinistas, sino como víctimas de un destino cruel, que ni siquiera son capaces de comprender. Hay un librito, un librito admirable, publicado sin ruido, pero tan sobrio, tan apretado y tan lleno de cordialidad, que todo madrileño debiera conocerle. Se titula *Guadarrama*, y lo escribió Constancio Bernaldo de Quirós, hace ya cuatro ó cinco años, para la Junta de Ampliación de Estudios. Por ese libro podéis saber que, muy cerca de vosotros, hay todavía manchas de civilizaciones retrasadas, como las de Atazar, la Puebla de la Mujer muerta y «el antiguo reino de Patones, que, según una tradición recogida por Pons é históricamente comprobada, vivió independiente como una extraña República de Andorra, regida por un rey que, en tiempo de Carlos IV, condu-

cía su asno, cargado de leña, buscando comprador en el mercado de Torrelaguna». Sabréis que la pobreza del suelo ha hecho degenerar la raza, y que «en alguna región, á la desnutrición crónica se añaden los estigmas de las degeneraciones propias de la alta montaña, por el conjunto de causas físicas, económicas y sociales que supone la vida en ella...»

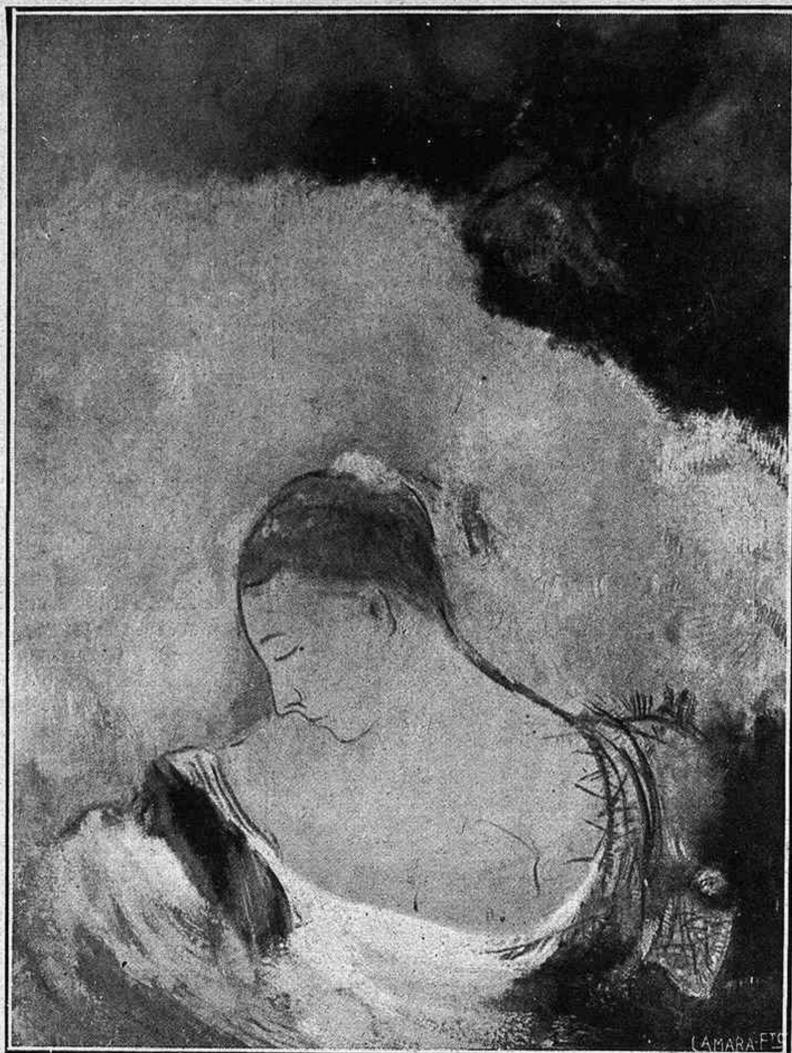
«... Dos de las aldeas de Peguerinos, La Lastra y Hoyo la Quija, en la provincia de Avila, ofrecen, en las mujeres sobre todo, abundantes manifestaciones del bocio, con un estado mental frontero del cretinismo.» Y si ya os parece que la frontera de Avila está muy lejos, y que Madrid no ha podido ir hasta ella ni tender la mano á esos hombres, que casi no lo son, porque no llevan vida de hombres, más cerca, mucho más cerca, encontraréis por toda la sierra la misma enorme diferencia entre el serrano y vosotros, hombres cultos, que sois capaces de distraer vuestro espíritu con la lectura de una revista, de un libro, de un periódico. El interés ha llegado á los montes de la sierra para talarlos, y con eso la ha hecho más inhabitable. «Si descendiendo del miradero de los pueblos penetramos en los pueblos, llegaremos á ellos pasando las encharcadas callejas, á cuyos lados verdean minúsculos huertos. Un sencillo cercado, que sirve de campamento; un calvario mutilado; una iglesia, con su humilde espadaña; la pequeña casa del Concejo; la casa que decora un fuerte olmo, rodeado tal vez de graderías de piedra; en alguna calleja, un herradero para bueyes, son todas las institu-

ciones municipales aparentes, sagradas y profanas...» Interiores poco hospitalarios, desnudos casi por completo de ornamentación.

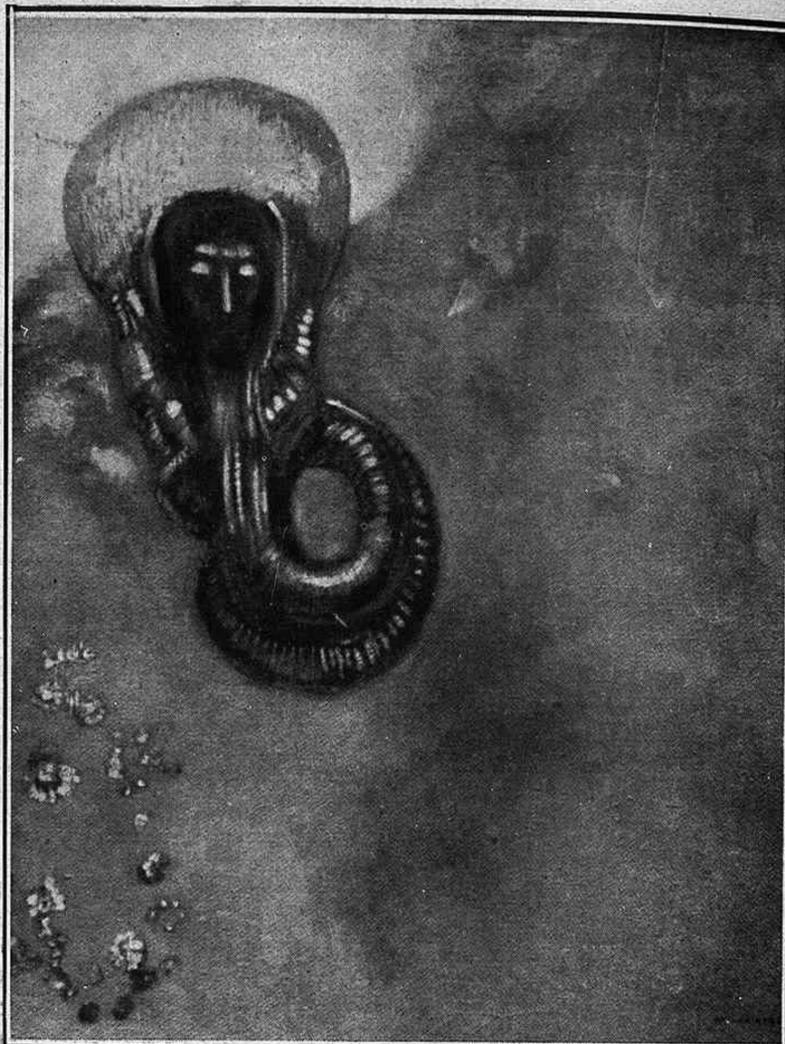
Los seres humanos que los ocupan, mueren y pasan las tristes horas de la enfermedad en negros dormitorios, que añaden en su espíritu un sentimiento más de adustez pesimista... «La cocina, de gran campana sobre el hogar humilde, es el lugar de la vida activa del interior, de los pesares y las fiestas de la familia humana, siempre más frecuentada por aquéllos que por éstas...» No; Bernaldo de Quirós no se deja arrastrar por ningún sentimentalismo. Escribe como un antropólogo, un sociólogo que tiene entendimiento, pero que no carece de corazón.

Los que no tendrán ni corazón ni entendimiento son los que no alcanzan á ver el crimen de Madrid, que *no ha pensado nunca en la sierra* sino para el deporte y el veraneo. Yo escribo estas líneas, y escribiré otras, para ver si damos un paso más y no nos contentamos con descubrir al Guadarrama, sino que pensamos también en redimirle.—Luis BELLO.

LA MODERNA PINTURA FRANCESA
ODILON REDON



“Mujer”



“Alegoría”

EN *Le docteur Pascal*, Emilio Zola describe, al hablar de la pintura exaltada y misteriosa de Clotilde Rougon, la pintura de Odilon Redon:

«Tout de suite elle se satisfaisait, retombait toujours dans cette floraison extraordinaire, d'une fougue, d'une fantaisie telle que jamais elle ne se répétait creant des roses au coeur saignant, pleurant des larmes de soufre, des lis pareils a des urnes de cristal, des fleurs même sans forme connue elargissant des rayons d'astre, laissant flotter des corolles ainsi que des nuées. Ce jour-là, sur la feuille sabrée a grands coups de crayon noir, c'était une pluie d'étoiles pales, tout un ruissellement de pétales infiniment doux; tandis que dans un coin, un épanouissement innommé, un bouton aux chastes voiles s'ouvrait.»

Vittorio Pica comienza su serie de tomos, *Attraverso gli albi e la cartelle*, con un estudio titulado *Artistes macabros* (Redon, Rops, De Groux, Goya), y de él son las siguientes frases:

«... C'è tutta una serie di altre litografie dai titoli misteriosi e terrificanti, di un' invenzione nuova, stravagante e filosofica, per cui il Redon e ricorso così alle fantasiose larve della Magia, comme alle inedite forme degli infusori e dei baicilli, rivelate dal microscopio all' occhio dello scienziato, e senza, d' altra parte trascurare di coglier sulle miserabili facce umane le più profonde rughe del dolore e della malattia per trasferirle poi sui meriti volti di donne, di fanciulli precocemente avvizziti, che, enimmatici e parosi, egli evoca, nelle sue stampe fra la tenebre pavorose e fra la castica agitazione di esse tre infirmi.»

Por último, Luis Vauxcelles, en *Le Carnet des Artistes* (Mayo, 1917) dice: «Les trois-dieux de son Olimpe interieur et secret furent Leonard, Rembrandt et Dürer. Odilon Redon fut un solitaire féérique.»

Estas tres citas sugieren la obra y el espíritu del extraño visionario, que falleció en París en Julio de 1916, a los setenta y cinco años de una vida ferozmente subjetiva, celosa de cuanto, por externo, pudiera atacar su integridad.

A lo largo de esta vida tan dilatada, Odilon Redon ha ido presenciando diversas evoluciones

pictóricas, sucesivas imposiciones estéticas; vió cómo los revolucionarios se transformaban en clásicos, cómo las escuelas se derribaban y substituían unas a otras. Contempló el desfile apasionado de los hombres y las obras de un ciclo proteico, que comienza en el realismo de Courbet y termina en el cubismo de Picasso.

Y Odilon Redon, impasible, ajeno, inafiliado a tantos esfuerzos colectivos ó individuales para la interpretación de la belleza, iba pintando sus cuadros, dibujando sus litografías, ilustrando sus libros favoritos, con un desdénoso alejamiento del mundo coetáneo, donde los otros se agitaban, y de la gloria, que los otros solicitaban.

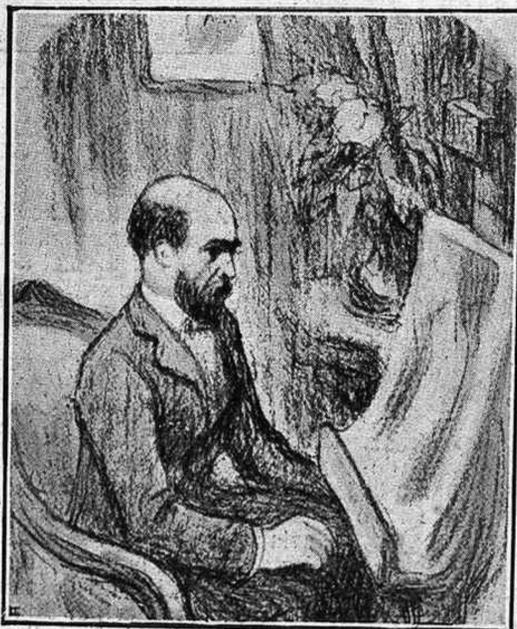
Jamás concurrió a ningún Salón oficial. La mayoría de sus cuadros eran pintados para el marchante Hessel. De sus litografías hacía tiradas muy cortas, de cincuenta ó setenta y cin-

co pruebas, á lo sumo, y destruía después la piedra.

Y, sin embargo, este pintor inquietante, hostil al juicio de las multitudes, ha conseguido una reputación perdurable, que cada vez se irá ampliando más.

Sucesivamente, desde las páginas curiosas de Huysmans, en *Certains*, y las más comprensivas de André Mellerio, en *Le mouvement idealiste en Peinture*, y de Maurice Denis, en *Theories*, hasta el catálogo completo de sus litografías, editado en Holanda el año 1913, los artistas, los críticos y los escritores aficionados á la pintura literaria, van iluminando el mundo alucinado, morboso, de sus creaciones, y ponen un fervor, casi enfermizo de tan autoemocionado, en comentarle, conservándole su carácter de selección y pureza.

Porque Odilon Redon no será nunca—y en ello hacen hincapié muchos de sus comentaristas, como una vanidosa satisfacción de amor propio— un artista popular.



ODILON REDON
 (autorretrato)

Ramas del mismo recio entronque, su colorismo y su fantasía, se separan luego según las obras é incluso según las épocas de su vida. Había de predominar, con el tiempo, el pintor sobre el grabador é ilustrador. Se sosegaría el espíritu, conturbado por ensueños malsanos, por autosugestiones macabras, en las evocaciones vagarosas de un Oriente idealizado, ó en melancólicos jardines de una flora quimérica, donde iba formando sus ramos delicadísimos, que luego pintaba dentro de cacharros chinoscos.

En sus litografías, en sus ilustraciones á Poe, á Baudelaire, á Mallarmé, á Picard, el asunto, la idea, lo es todo. En sus cuadros, no es nada. Y, sin embargo, estos últimos dejan más profunda huella en el espíritu, causan una complacencia íntima al sentirnos agitada la sensibilidad, como un bien templado instrumento de cuerda por los dedos hábiles de un virtuoso.

Todo está sugerido, insinuado, en los lienzos de Odilon Redon: mujeres, paisajes, alegorías y flores. Sus mujeres tienen una anacrónica imposibilidad para nosotros. Visten trajes contemporáneos, llevan tocados de hoy ó de un ayer muy próximo, han respirado los mismos días que nos-

otros ó que nuestros padres, y, no obstante, parecen mucho más remotas é inaccesibles. Una donante de retablos primitivos, arrodillada entre los personajes de la Pasión por los germanos ó los italianos de los siglos XIII ó XIV, las opulentas flamencas de Rubens, las infantas de Sánchez Coello, las majas de Goya ó las semidiosas galantes de Boucher, parecen más cerca de nosotros, más fraternales, de aquellas que iluminan ó infernan nuestra propia vida, que estas mujeres que retrata Odilon Redon, mirando, alternativamente, hacia sí mismo y hacia ellas.

Sus alegorías llevan títulos clásicos ó modernos, pero tampoco permiten una cronología exacta. El orientalismo de sus paisajes, de sus hombres sagrados, que por estos países cruzan, es distinto al orientalismo estilizador de las modernas tendencias pictóricas. Estas vuelven la mirada hacia el Japón, mientras Redon fija las suyas en las remotas dinastías chinescas de los Han, de los Tang, anteriores á Jesucristo. Son así de complicadas y misteriosas sus selvas, de ingenuos sus mares, que surca un arcaico velamen; sus Budas, que tienen la túnica y el hieratismo enigmático del Sakya Muni primitivo.

Y, sobre todo, sus flores, que, si en formas y colores se asemejan á las terrenas, están libertadas de su carácter terrenal por una divina valoración de matices, inéditos antes de Odilon Redon, y de los cuales se ha llevado el secreto.

Raras armonías forma con ellas Odilon Redon. Como lógica consecuencia de sus tonos cariciosos ó vibrantes, de sus acordes violentos ó delicados, se imagina la diversidad embriagadora de sus perfumes. Diríase que contienen zumos para narcóticos enloquecedores, que en ellas los alambiques encontrarán licores de más terrible poder visionario que los ya conocidos, donde la pobre Humanidad se refugia para olvidar. O, tal vez, estas flores son inodoras, son impalpables. Van á deshacerse en polvo si las tocamos



"Retrato de mujer"



"El carro"

con nuestros dedos, y acaso el artista las fué pintando, no en una copia apasionada del natural, sino en un recuerdo diurno de nocturnas pesadillas.

ooo

Veamos ahora los dibujos, las litografías. Son comentarios gráficos á los poemas y cuentos de Edgardo Poe— «Poe del blanco y del negro», nombra Vauxcelles á Redon—, á *Las flores del mal*, á *El Jurado*, de Picard.

Cráneos mondos, esqueletos, serpientes, larvas, fantasmas translúcidos, lugares abruptos, bajo nórdicos soles de media noche; monstruos de una fauna abisal, chapoteos de la imaginación en paludes, donde la fiebre fuera una sirena tentadora...

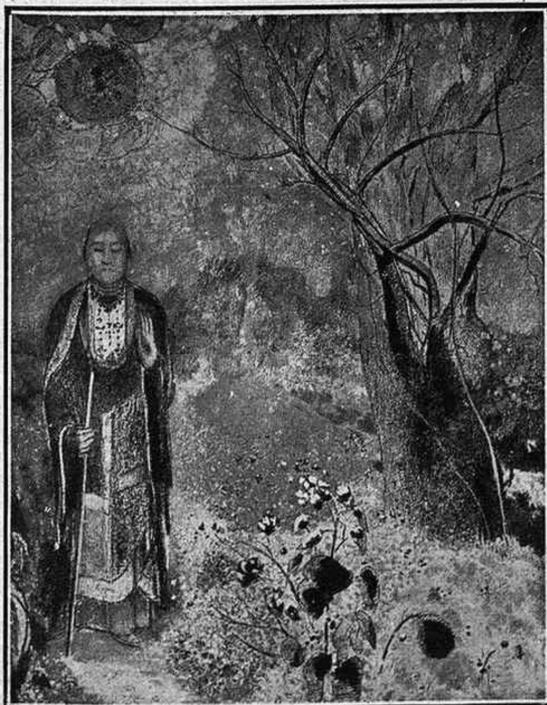
No obstante, la impresión macabra de estos dibujos es inferior á la impresión de sus flores sensitivas, sensibles, dotadas de una extraña vida, independiente de su floral sumisión á la tierra y á la luz. En los dibujos, Odilon Redon se acerca menos todavía al propósito que informa todo el «esotérico misticismo» de su obra.

Porque tal vez Odilon Redon no sintió nunca, á pesar de los setenta y cinco años de su existencia, pródigamente consagrada al arte, la plena satisfacción de haber logrado desentrañar el misterio que consumía su imaginación y deslumbraba su retina.

Mallarmé le escribió, en cierta ocasión: «El estudio de mujer, que llamáis tan justamente diosa de lo Inteligible, nos saca, á pesar nuestro, de la pesadilla; pero mi admiración va plena y recta hacia el gran mago, inconsolable y obstinado buscador de un misterio, que él sabe no existe, y que perseguirá siempre por eso mismo, con el duelo de su lúcida desesperación, porque *¡esa hubiera sido la verdad!*»

Y esa verdad inaccesible es la que, tal vez, sólo ha visto Odilon Redon después de su muerte entre las flores, extrañas como las suyas, que crecen á ambas riberas del río fatídico, por donde la barca, repleta de almas, boga sin ruido sobre las aguas negras y profundas...

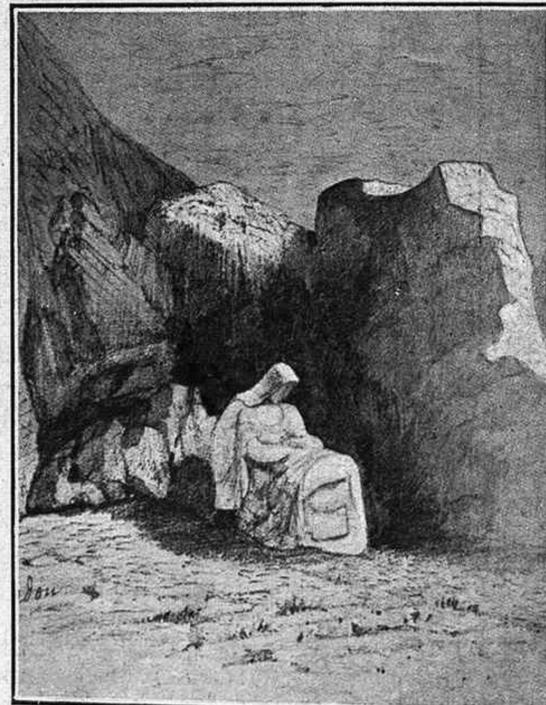
SILVIO LAGO



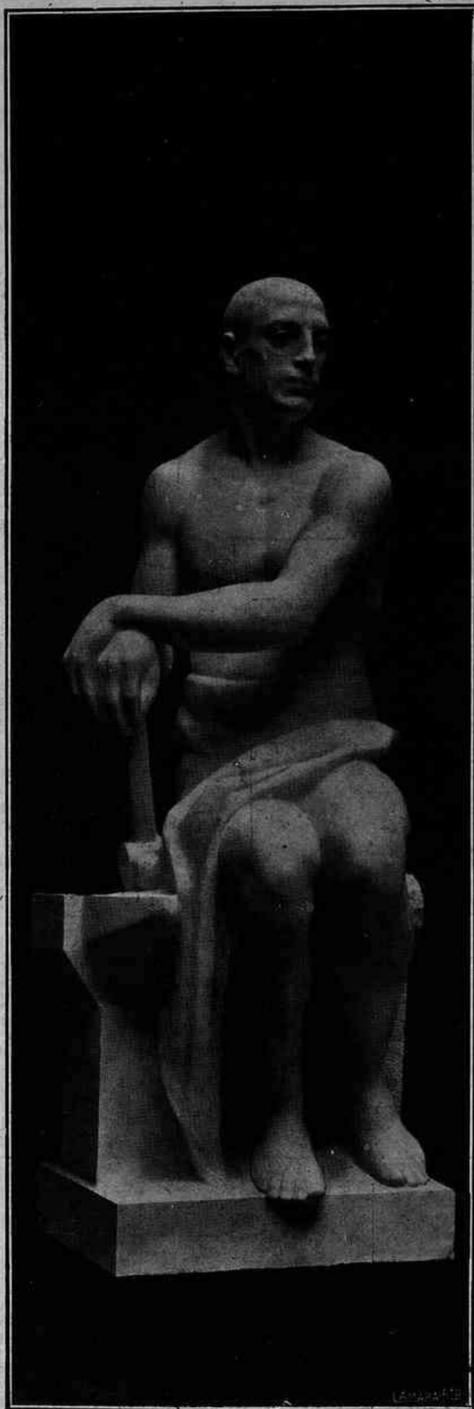
"Paisaje"



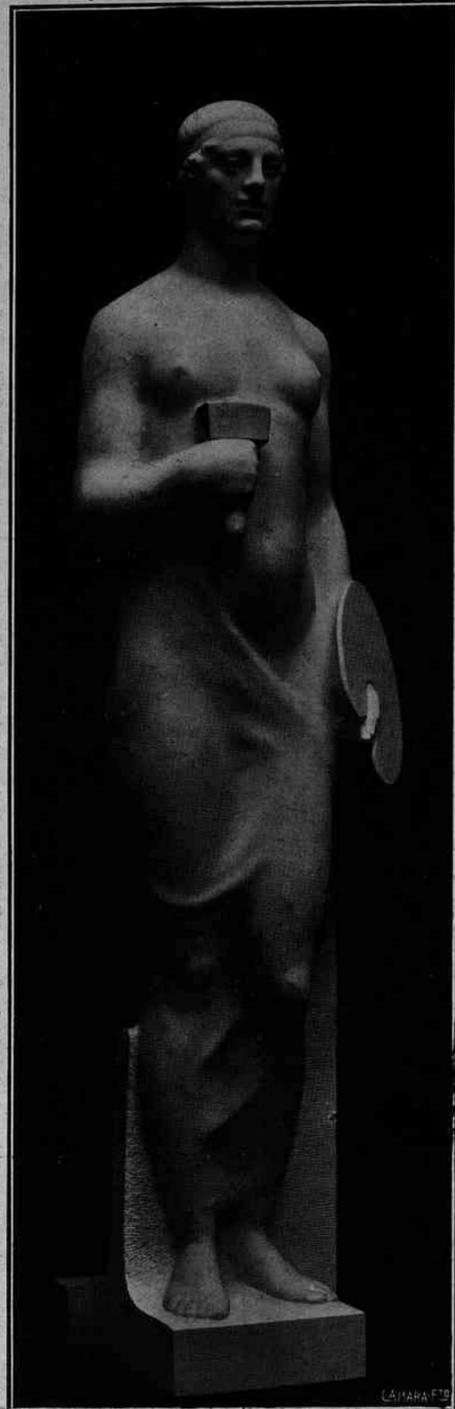
"Flores"
(Obras originales de Odilon Redon)



"Coloso"



EL TRABAJO



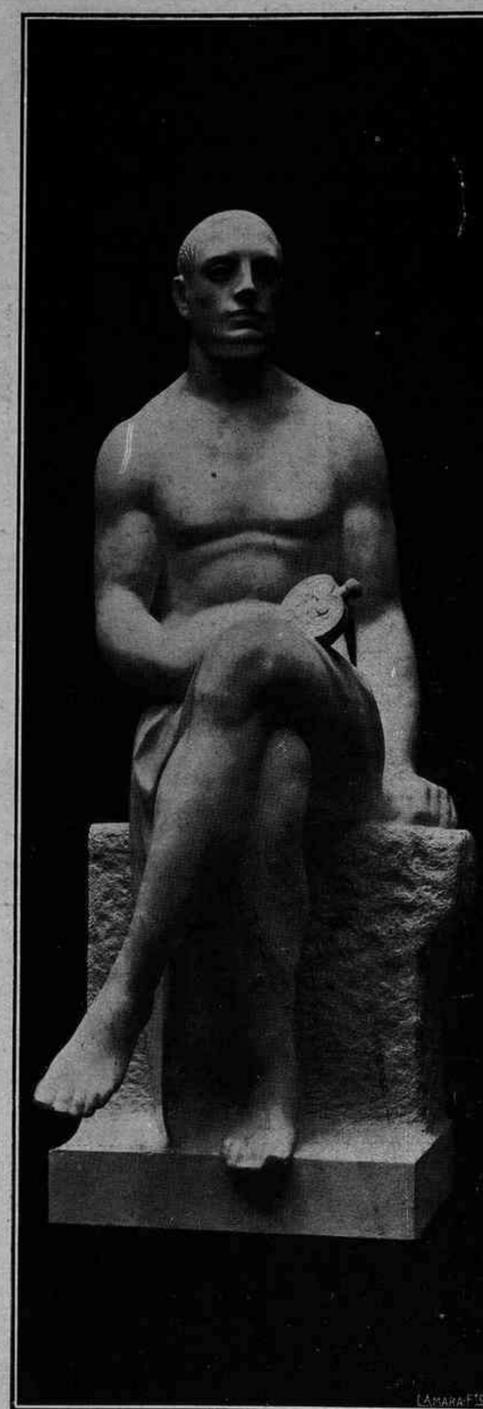
EL ARTE



ANTONIO BARROSO



LA AGRICULTURA



EL COMERCIO

Figuras del monumento que se erigirá en Córdoba a la memoria del ilustre patricio D. Antonio Barroso

FOTS. CAMPÚA

Mateo Inurria ha terminado por completo las cinco figuras y el detalle de la fuente, que constituyen la parte escultórica del monumento a Barroso, en Córdoba. He aquí esas cinco figuras. A ambos lados del patricio cordobés vemos las dos viriles del Trabajo y del Comercio y las dos femeninas del Arte y de la Agricultura. En mármol aquella, en piedra estas simbólicas. Y en todas igual sereno reposo, idéntica sobriedad de trazo, la misma unción de aparente vaguedad, encubriendo una real solidez constructiva, que caracteriza la manera del eminente escultor español. La escultura de Inurria posee una extraña sugestión, que se apodera de nosotros a través de la elocuente sencillez de los planos; que surge repentina cuando el contemplador cree hallarse frente a una obra puramente externa, de influjo exclusivamente formal. Dentro de la atmósfera especial que les envuelve, los ritmos lineales siguen tranquilos

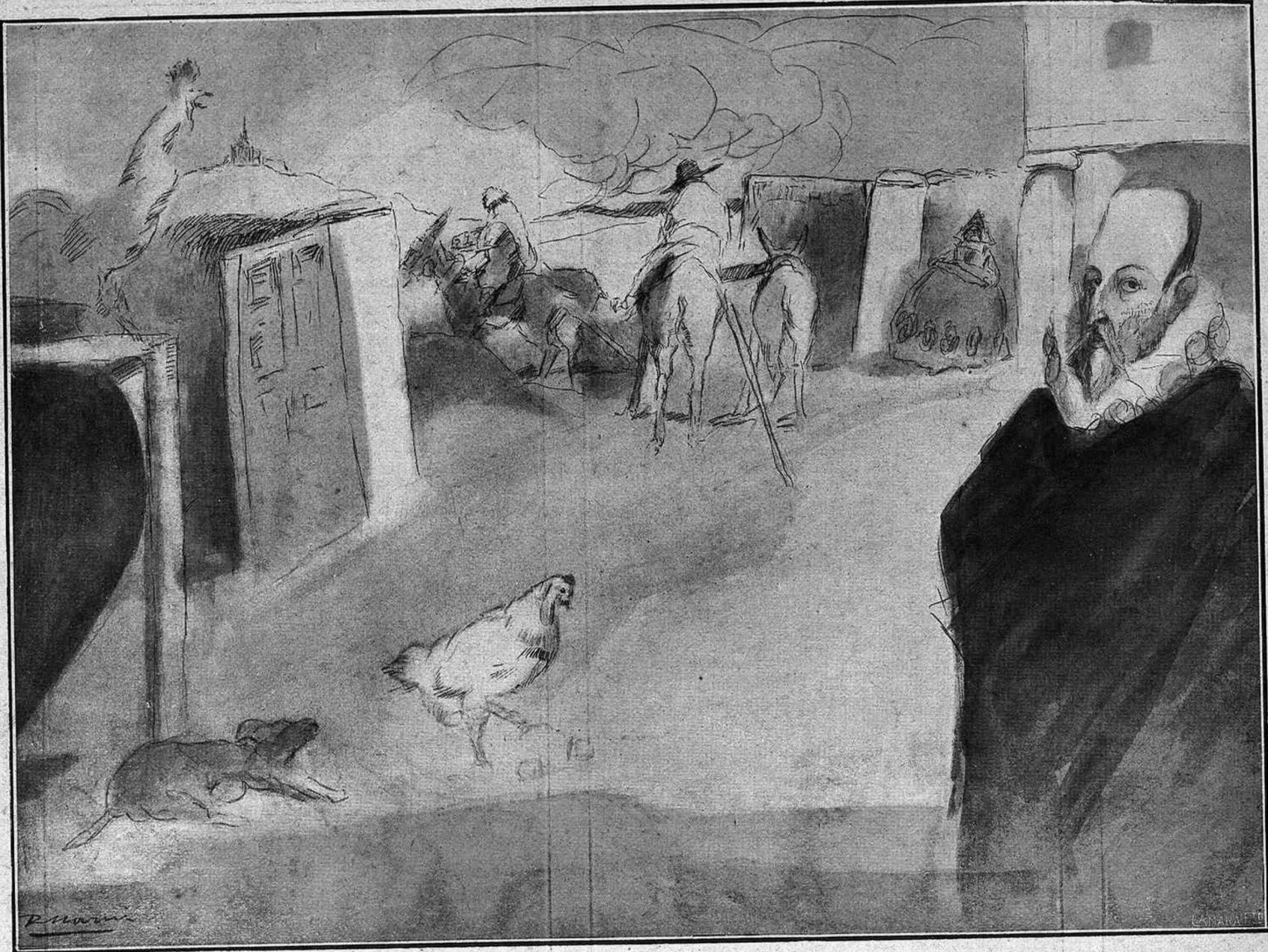
(y apenas perceptibles) avances y retrocesos. Diríase que el maestro abolió el claroscuro; que todo su arte está empapado de aquellas lustrales aguas misteriosas, de donde salían los mármoles rodinianos, los rostros de Carriere... Veamos, por ejemplo, la masa enorme de la figura de Antonio Barroso, cuajada en un bloque de bellas gradaciones azulinas. Tiene el valor de un retrato, y, sin embargo, desde la estilización de los rasgos fisonómicos hasta el trazado amplio de la toga que valora el cuerpo gigantesco, está resuelto como ajeado del concepto estrecho del retrato escultórico. La luz resalta sin hallar esos cóncavos refugios donde queda invisible la sombra. Todo es diáfano, aéreo, sutil, como un espacio atmosférico que hubiese adoptado momentáneamente la apariencia humana. El mismo criterio predomina, naturalmente, en las cuatro humanas alegorías que forman el cortejo, evocador del empleo de su vida,

al político cordobés. Esculpidas en una piedra lisa, sin matices, sin veteados, de una tersura mate, que luego el tiempo y el aire libre habrán de patinar y enriquecer, ya la calidad de su materia las colocan en un segundo término respecto del mármol azulino donde está modelado el personaje principal del monumento. Aun se acentúa más la factura a grandes rasgos y a espaciados planos, peculiar en Mateo Inurria, en estas otras cinco esculturas. Se insinúan, se apuntan los volúmenes, certestamente dispuestos, que totalizan la general eufonía de cada una; pero cada vez nos hallamos más lejos de los principios que constituirían, hace diez o doce años, la base de la escultura callejera—no me atrevo a llamarla monumental—, prodigada por plazas y jardines públicos de España: negación del reposo, realismo, caricaturesco, fantasías degenerativas del Carpeauxismo, monomanía

anecdótica, pródiga en bajorrelieves, que invadían el terreno del arte pictórico; arabescos de bruscos salientes, de agudas crestas. No. Mateo Inurria reconstruye, con una simultánea quietud, el pensamiento y la forma del símbolo. No le falsea tampoco con abstrusas y herméticas representaciones. Le otorga los habituales y conocidos atributos: las espigas, la hoz, el martillo, el yunque, la paven y no dañen a la serenidad total de la figura que las ostenta. Así, con estos ademanes reposados, con estas actitudes serenas, van las esculturas de Inurria a decir altos pensamientos con paabras sencillas, claras y puras, bajo el cielo de Andalucía, como vanguardia de esas otras que constituyen el monumento al Gran Capitán, destinado igualmente a Córdoba.—S. L.

BIBLIOTECA MADR

EN ESQUIVIAS



Cervantes y Martinito

AMABLEMENTE invitados por los dueños de la casa que perteneció a doña Catalina Salazar, fuimos un día á Esquivias, y allí pudimos comprobar una vez más cuán acertado y justo anduvo Azorín al afirmar que «la cortesía de los moradores de esta casa es exquisita». De ella podíamos nosotros dar anterior y directo testimonio; pero nunca como entonces pusimos en prueba la abierta y llana afabilidad de nuestros buenos amigos.

En su compañía gratisima recorrimos todo el pueblo y visitamos una á una las dependencias de esta casa, ancha y bien provista. Al asomarnos á la reja de una alcoba vuelve á nosotros el recuerdo de Azorín, quien, cuando viajaba por los pueblos de Castilla para aprisionarlos luego en prosas sazonadas y diáfanas, llegó, como sabéis, á Esquivias. «Aquí dormían Cervantes y su esposa. Yo contemplo estas paredes rebozadas de cal, blancas, que vieron transcurrir las horas felices del cronista.» Así dice el pequeño filósofo, y sin duda que acierta. No obstante, se nos antoja triste y angustiosa la vida de nuestro genio en las amplias estancias de esta casa, que siempre debió mirarla con el gesto desabrido de las cosas ajenas que se nos ceden de mal grado. Aquí gozó seguramente instantes dilectísimos, aquí pronunció «palabras simples, palabras vulgares, palabras más grandes que todas las palabras de sus libros». Pero también cuánta mesura y discreción en este amador de treinta y siete años,

marcado y herido en el pecho por los arcabuzos de Lepanto, liberto de Argel, desengañado de aquellos galanteos portugueses y no muy bienquisto por la familia de su amada. Qué continuada vigilancia la suya sobre palabras y recuerdos para mantenerse en paz con su cuñado D. Francisco, un clérigo suspicaz, más administrador que teólogo.

Doña Catalina, suave, callada, apacible, jamás compartió el afán aventurero de su marido, aquella levantada quietofobia que lo lanzaba al azar de todos los caminos. Cuando en 1587 fué Cervantes á Sevilla con una comisión «para el acopio y provisión de víveres para las flotas de Indias», la esposa permaneció en Esquivias, tal vez bajo la captación diaria del hermano, á cuyo favor renunciara la mejora que le dejó su madre en 1604. En garantía de esta obligación y previa licencia marital, hipotecó un majuelo. Ved cómo el D. Francisco, célibe por ministerio de su sagrada profesión, era hombre dado á cautelas notariales y defensor de la hacienda como un celoso padre de familia.

Pensemos un momento en nuestro cortés y amable manco, que vuelve de Madrid aspeado y rendido—acaso ocurre esto en 1605, cuando ya se halla en prensa el *Quijote*—; guardadas en el pecho lleva unas hojas impresas, en el corazón un aletear de esperanza. Penetra en el amplio corralón y allí saluda á su cuñado, que está contando los cestones de uva que entran al lagar;

preocupado en su tarea, apenas cambia unas palabras con el esposo de su hermana. Los mozos de labranza ni le miran; nunca trata con ellos; es un forastero, casi un extraño. Vienen á cuento semejantes imaginaciones porque observamos que en Esquivias el recuerdo de Cervantes no ha dejado huella fuerte y honda en el alma del pueblo. Existe, sí, la consagración oficial de su memoria; allí está la plaza de su nombre, la calle de Doña Catalina, la casa en que vivieron, erecta y soberbia. Viene un tropel de visitantes, algunos sensatamente ataviados; otros, melendados, flotando al viento la chalina de la rebeldía. Los primeros suelen ser discretos; los últimos adoptan posturas violentísimas, menean incesantemente la cabeza de atrás á adelante en presencia de un clavo ó de una chocolatera, rondan la casa bajo el claro de luna, y al día siguiente vuelven á consumir la interminable paciencia de nuestros amigos con un grueso rimerio de cuartillas. A pesar de todo, esta casa en Esquivias, mejor que de Cervantes se la llama del duende, y ya es razón de presentar á este importante personaje que ha suplantado á D. Miguel.

Martinito fué un trasto revoltoso y bonachón que vivió en esta casa no sabemos cuándo, en tiempos de Maricastaña, según la cronología arbitraria de todas las consejas. Dedicábase el duendecillo á deshacer el brocal del pozo, soltar las mulas en la cuadra, apagar los candiles, cerrar inopinadamente las puertas, derribar las va-

LA ESFERA

sijas en la cocina, y toda suerte, en fin, de travessuras de las que estos *minuti Dei* suelen cometer. Pero *Martinito* diferenciábase de sus congéneres en que, lejos de desvanecerse ó huír en presencia de los humanos, sostenía conversaciones con sus descubridores, y era tan infeliz el pobrecillo, que presentaba excusas por sus diabluras y prometía enmendarlas.

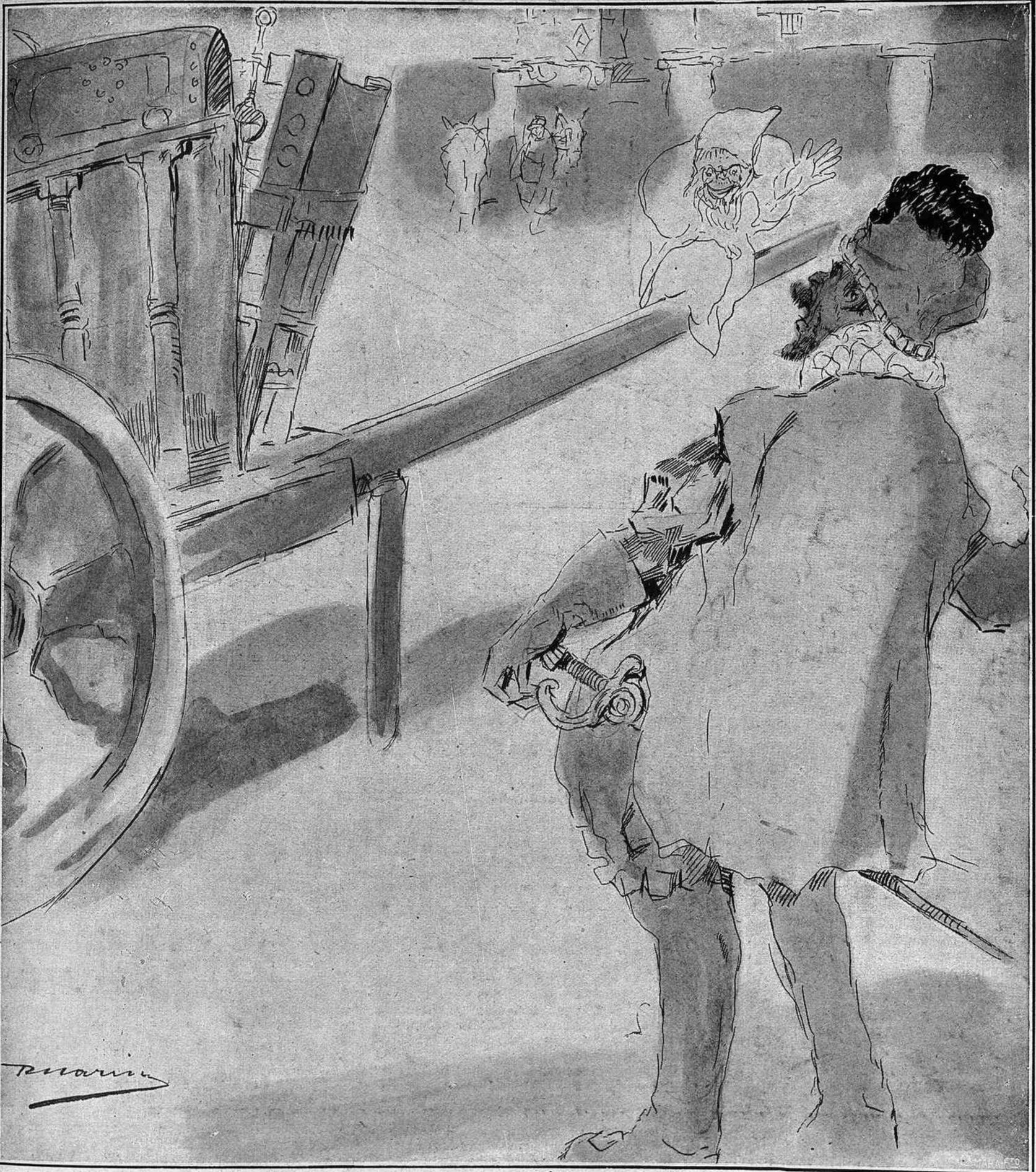
Llegó un día en que el dueño de esta vivienda

A lo que el abatido propietario dijo:

—Duende aquí, duende allá. Estémonos quedos. Y desistió de su empeño.

¿Dónde se encuentra ahora *Martinito*? Los más viejos del pueblo no sabrían decíroslo; nosotros le hemos buscado en vano por todos los rincones y rohados. En la gélida y dilatadísima bodega que hay bajo nuestros pies, llamámosle á grandes voces. *Martinito* se ausentó de Esqui-

imaginario, y á la humanidad le interesa siempre mucho más la conseja que la historia; lo más histórico es lo cotidiano, y lo cotidiano para el labriego es la fatiga, la necesidad. Por eso el hombre del campo que no lee, bajo el parpadear impenetrable y eterno de las costelaciones, hállase hoy en la misma disposición espiritual que el aria primitivo, adviértese sobrecogido, medroso ante fuerzas ocultas que le rodean, dice una palabra



peregrina, harto de soportar á *Martinito*, decidió marcharse, y cuando ya iba á partir la última galera cargada con los trebejos domésticos, nuestro pequeño trasgo apareció encaramado en la lanza del carro.

—¿Qué es eso, *Martinito*; á dónde vas?—le gritaron.

Y él respondió, apacible y burlón:

—¿No estamos de mudanza? Pues yo también me mudo.

vias, pero su recuerdo permanece imborrable.

Se nos ocurre pensar en la irremediable desgracia de Cervantes. El que tanto burló de los magos, brujas y trasgos, es expulsado de la memoria de sus convecinos por un duendecillo inofensivo, de aquellos de quienes Goya dijo que eran la gente más hacendosa y servicial. Y es que el autor del *Quijote* no es para los esquivios más que un hombre mortal de carne y hueso. *Martinito* pertenece á la fauna maravillosa de lo

y crea un mito. Así nacieron los dioses vagos y fugitivos de los himnos del Veda. Así nació *Martinito* en la imaginación exaltada de un labriego poeta que creyó verlo colgado en un rayo de luna. Cervantes, en cambio, nació y murió con dolor, como el campesino poeta, como tú, como yo y como todos.

ARMANDO DE LAS ALAS PUMARIÑO
DIBUJOS DE MARÍN



Los ahijados de la Muerte

EN el comedor del Gran Hotel Jungfrau — una maravilla de confort y refinamientos, lejos del mundo y su bullicio, á tres mil metros de altura, entre las nieves perpetuas del más delicioso paisaje alpino — había yo admirado la arrogante pareja que formaban Alicia y su marido, «los ahijados de la Muerte», como les llamábamos todos, por la increíble temeridad con que emprendían las más arriesgadas excursiones, y, además, según supe luego, por cierto interesante episodio anterior á su boda. Todos los días, retrepado en mi sillón, los veía cruzar el hall suntuoso, en busca de aventuras, resplandeciente la faz, llameante de dicha la mirada. La ferrada pértiga, en manos de Alicia, era un cetro de reina de las nieves que saliese á recorrer sus dominios, con la falda corta, el jersey de punto y el gorrito de lana, sin que lograsen mermar sus encantos los recios zapatones y las vendas alpinas, rodeando la torneada pierna.

Aquella tarde había carreras de *skis*, y la gente joven comió velozmente para no perder su puesto en la fiesta. Sólo quedamos en el hotel el doctor, el general y yo, que, realizada mi cura de aire por la mañana, dábame por más que saturado de intemperie, y prefería mi butacón del hall á todos los espectáculos habidos y por haber. Mientras tomábamos el café, iban desfilando, ante nosotros, los que, como actores ó como espectadores, encaminábanse al festival. Entre ellos, Alicia y su marido nos saludaron sonrientes. Me sorprendió ver que no llevaban *skis*.

—¿Cómo es eso?—pregunté—. ¿Se conforman con ser mirones?

—Es que no vamos á las carreras—dijo Alicia—. Preferimos hacer una excursión que tenemos proyectada tiempo atrás.

—¿Peligrosa, como de costumbre?

—Esa fama tiene, por lo menos... Vamos al ventisquero del Oeste.

El doctor protestó:

—Eso es un disparate. Deben ustedes desistir. Del ventisquero del Oeste no regresa nadie. En ocasiones, ni los guías.

Alicia, del brazo de su marido, soltó el cristalino timbre de su risa.

—Eso no reza con nosotros. Ya sabe usted

que somos «los ahijados de la Muerte»... Llevamos una bandera española para plantarla en el paraje de mayor peligro. Y esta noche nos tendrán ustedes de vuelta, cenando como si tal cosa.

Y se alejaron, cogidos del brazo, radiantes de felicidad.

—Estos muchachos están locos—gruñó el doctor—. Se creen inmortales, sin duda, porque una vez vieron la muerte muy de cerca...

—¿Y los conoce usted?

—A ella, desde niña. A él le conocí entonces: hará dos ó tres años. Fué un caso curiosísimo de catalepsia...

—¡Ah, vamos! La catalepsia no es la muerte.

—No lo es, pero se confunde con ella, y tanto da morir de veras, como que lo entieren á uno creyendo que se fué al otro barrio... Cosa mucho más frecuente de lo que ustedes se figuran.

—¡Qué horror! ¿Y no habría medio de impedir... ese espanto?

—La ciencia se ha preocupado de ello seriamente... Pero no es tan fácil como parece distinguir la muerte ficticia de la verdadera.

—¿No ha de ser fácil?—dijo el general—. En las luchas que los romanos celebraban en sus circos, estaba prohibido que los gladiadores esclavos salieran con vida de la arena. Como es lógico, muchos simulaban la muerte para huir, si podían, aprovechando el menor descuido. Para evitarlo, unos funcionarios llamados *Mercurios*, porque su indumentaria semejaba la de este dios mitológico, armados de barras de hierro candente, cauterizaban las heridas del gladiador, que, si no estaba muerto, daba inmediatamente señales de vida. Entonces venían otros funcionarios llamados *Plutones*, por el enorme martillo de fragua que esgrimían, y machacaban lindamente la cabeza del simulador. Los romanos eran muy previsores.

—Dirá usted que eran muy brutos. Además, se trata de casos distintos, porque la catalepsia es la simulación involuntaria. El vulgo suele practicar la prueba empírica del espejo, colocando éste ante la boca del paciente: si hay un hilo de respiración, el cristal se empaña. Pero esto no basta, porque en muchos catalepticos se suspende la respiración. Hace tiempo, se introducía una aguja de acupuntura entre el quinto y sexto

espacio intercostal: por tenues que fuesen los latidos del corazón, el movimiento vibratorio se transmitía al mango de la aguja. Este sistema dejó de usarse, porque tenía apariencias cruentas. Se recomienda también mirar al trasluz una mano del supuesto cadáver: si hay vida, estarán rojizas las junturas de los dedos; de lo contrario, aparecerán negruzgas. La ciencia moderna preconiza la prueba de la fluoresceína, que consiste en inyectar en los tejidos una substancia que colorea la sangre, si hay circulación y, por lo tanto, vida; pero requiere la intervención de un médico hábil y ofrece ciertas dificultades, que no siempre se pueden salvar. El procedimiento más sencillo se reduce á preparar una tinta simpática con una solución de acetato neutro de plomo en agua destilada muy pura; con ella se escribe en un papel del tamaño de un sello de Correos, y se introduce éste en la nariz del interfecto. Si al cabo de veinticuatro horas las letras, antes invisibles, han aparecido, la muerte es cierta, pues la descomposición de los pulmones ha producido vapores de ácido sulfhídrico, que, combinándose con el acetato de plomo, forman un sulfuro de plomo que da la coloración negra, semejante á la tinta... Pero nos apartamos del asunto, porque nada de esto tiene que ver con Alicia...

—¿De modo que ella fué la cataléptica?

—Sí; poco antes de su boda con Carlos... El padre de Alicia, un excelente señor con pretensiones de nobleza, no aceptaba aquellos amores con un hombre que no tenía sangre azul. Esto motivó disgustos y tirantezas entre padre é hija, que acaso hubieran podido suavizarse de haber vivido la madre de la muchacha. Como todos los amantes contrariados, ellos sintieron crecer, ante la oposición paterna, el fuego en que se consumían... Seguro estoy de que si Montescos y Capuletos no se odiasen, Romeo no hubiese dicho «buenos ojos tienes» á Julieta.

—Indiscutible.

—Pero, ya que no su firmeza amorosa, la lucha quebrantó la salud de Alicia. Se la vió palidecer, adelgazar, amustiarse como una flor que tiene el tallo roto. Yo la asistía, y no hallaba otra causa del mal que el estado de ánimo de la enferma. Hubiera bastado una palabra del padre

para devolver la salud á la hija. Pero la palabra no era pronunciada, y la extraña enfermedad proseguía su labor destructora. Hasta que sucedió lo inevitable. Un día, Alicia amaneció muerta en su lecho de virgen. Es decir, por muerta la dimos varios médicos. Y, ante la tardía y estéril desesperación del padre, fué preparándose la cámara ardiente, un derroche de luces y de flores, en cuyo centro, sobre un túmulo de rosas, se colocó el cuerpo de Alicia, envuelto en gasas blancas, que parecían de desposorio,

—Pero, en resumen, ¿llegaron á enterrarla? —gruñó el general.

—No se impaciente usted, que poco me queda por decir. En los instantes de mayor tribulación, un familiar dijo al padre, adolorado, que Carlos, el novio sin ventura, pedía permiso para ver á Alicia por vez postrera. Accedió el señor, como en deseo de dar póstuma satisfacción á su hija, y Carlos penetró en la cámara ardiente... Imaginaos á Marsilla viendo, en tales circunstancias, á Isabel, ó á Calixto, en igual trance, ante Melibea... Carlos rompió á llorar, abrazado al cuerpo exánime. Y no contento con abrazarlo, inconsciente, medio loco, oprimió su boca contra la de Alicia... Entonces, la casa entera estreme-

cióse ante el grito de Carlos, que resonó en los oídos de todos como las trompetas de Jericó: «¡Alicia no está muerta! ¡¡Me ha besado!!»

—¿Y era verdad?

—Verdad fué. Ella me refirió más tarde que, aherrojado su sér por el extraño influjo de la catalepsia, incapaz de exteriorizar sus sensaciones, pero apta en absoluto para percibir las todas—espíritu consciente dentro de un cadáver—, oyó los sollozos de Carlos junto á sí, con un espasmo de terror tan grande, y experimentó al recibir el beso una sensación tan suprema—era el adiós á la vida, entonado en el instante de gustar el goce definitivo— que, con esfuerzo inenarrable de su voluntad adormecida, logró que un átomo de vitalidad asomase á sus labios: lo bastante para que Carlos diese la voz de alerta, hasta que, puestos en activa campaña, conseguimos hacerla reaccionar.

—Y no hay que decir el resto. El papá se ablandó, los chicos se casaron, y fueron felices y comieron perdices...

—Exactamente. Alicia no quiso que nadie apadrinara la boda. «Nuestra madrina es la Muerte—decía—. Su puesto debe estar vacante.» Desde entonces, viven en plena luna de

miel, viajando, exponiéndose á peligros incasantes, de los que triunfan siempre, con increíble audacia. «Somos los ahijados de la Muerte»—dicen ellos—. Y, en efecto, parece como si la madrina los respetase...

Llegó la noche. Los concurrentes á las carreras de *skis* habían regresado. Otros excursionistas estaban también de vuelta en el hotel. A la hora de cenar, la mesa de Alicia y Carlos estaba vacante. El doctor, con quien hablé un momento, no pudo ocultar su inquietud.

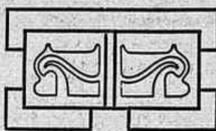
—¡Esos muchachos!... ¡Esos muchachos locos! —repetía, cariacontecido.

Después de media noche se presentó el guía, solo, destrozado, con el rostro aun contraído por un rictus de terror. Allá quedaba el matrimonio temerario, en el ventisquero del Oeste, de donde ya no había de volver. La Muerte, su hada madrina, les había preparado, para mejor solemnizar sus nupcias, un tálamo eterno de impoluto armiño.

AUGUSTO MARTÍNEZ OLMEDILLA

Dibujos de VARELA DE SEIJAS





— FIGURAS —
CONTEMPORÁNEAS



PIERRE LALO



HACE un par de meses (también el año pasado estuvo en Madrid) se encuentra entre nosotros la más alta autoridad de la crítica musical francesa, una de las personalidades contemporáneas de mayor prestigio en el mundo del arte, que desde *Le Temps*, de París, esparce por Europa sanas ideas estéticas en sus folletos, publicados después por el ilustre crítico en preciosos libros.

«Pierre Lalo—escribió hace poco un distinguido crítico español—es una autoridad indiscutible é indiscutida en la materia de su especialidad. Sus celeberrimos folletos de *Le Temps* son leídos con avidez y las doctrinas en ellos desarrolladas, generalmente admitidas como verdades rotundas, por los profesionales ó aficionados devotos de la música. Sus juicios estéticos pueden pasar por modelos de estricta imparcialidad, formulados con una cultura técnica que asombra.»

En sus habitaciones del Palace Hotel visité, acompañado de Ramón Blanco (el distinguido crítico musical de *El Universo*), á Pierre Lalo. Ya había tenido el gusto de saludarle en la comida íntima con que le obsequiamos un grupo de admiradores fervientes.

Desde luego llamó nuestra atención su afabilidad y la simpatía que irradia su persona, fina y atrayente, efusiva. Es un conversador anecdótico interesantísimo, y, como conoce á los grandes artistas, políticos y hombres de ciencia de la Francia contemporánea, habla de ellos con interés y amenidad, como me hacía observar Alvaro Alcalá Galiano, el preclaro publicista aristócrata.

Pierre Lalo estudió la música (solfeo, armonía y composición) con su padre, el célebre compositor francés Eduard Lalo (autor de la *Sinfonía Española*, para violín y orquesta, dedicada á Sarasate, de quien era gran amigo, y de varias obras de cámara, sinfónicas y dramáticas), que no le quiso dedicar á la música como profesión, porque decía que ya había bastante en la familia con un músico.

Estudió las carreras de Leyes y Letras, doctorándose en ambas disciplinas; se preparó para la Escuela Politécnica y fué alumno de Paleografía en la *Ecole des Chartes* (París).

Pierre Lalo comenzó á escribir sobre crítica musical hace unos veinte años y de un modo casual—como él me dice—. Acababa de morir el crítico de *Le Temps*, M. Weber (á quien sucedió Lalo allá por el año 1888). Encontrándose en un almuerzo la madre de Lalo y M. Hébrard, director de *Le Temps*, dijo éste á la señora madre del crítico francés, que vería con gusto que su hijo se encargara de la crítica de su periódico; á lo que accedió Pierre Lalo, pues la proposición era halagadora. Hébrard deseaba un crítico competente, pero que no fuera profesional, para que estuviese alejado de las luchas de escuelas y tendencias, que dividen á los artistas militantes. Nunca le pidió Hébrard (caso raro en un director de periódico, como me hace observar Lalo) que hablara bien de un amigo ni mal de un enemigo. No quería nombres conocidos y escogió, no obstante las firmas autorizadas que pretendieron el puesto de crítico musical de *Le Temps*, á Pierre Lalo, que nada de común tiene, por cierto, con los críticos musicales de afición, más ó menos literatos, que abundan en París (á los que en cuanto se les lee se convence uno de que no saben música), inventores de fantásticas teorías de arte: filosóficas, pictóricas y literarias, para pasar el rato; comentaristas y ensalzadores de toda extravagancia artística, cuyo exceso de retórica (más bien palabrería) trae perturbados á algunos de nuestros ingenuos aficionados.

Lalo me dice—siempre sonriente y con esa particular afabilidad que le distingue—que siempre suele estar enfadado (cosa que no me extraña nada) con todos los músicos de París, aunque á la larga acaban contentándose...

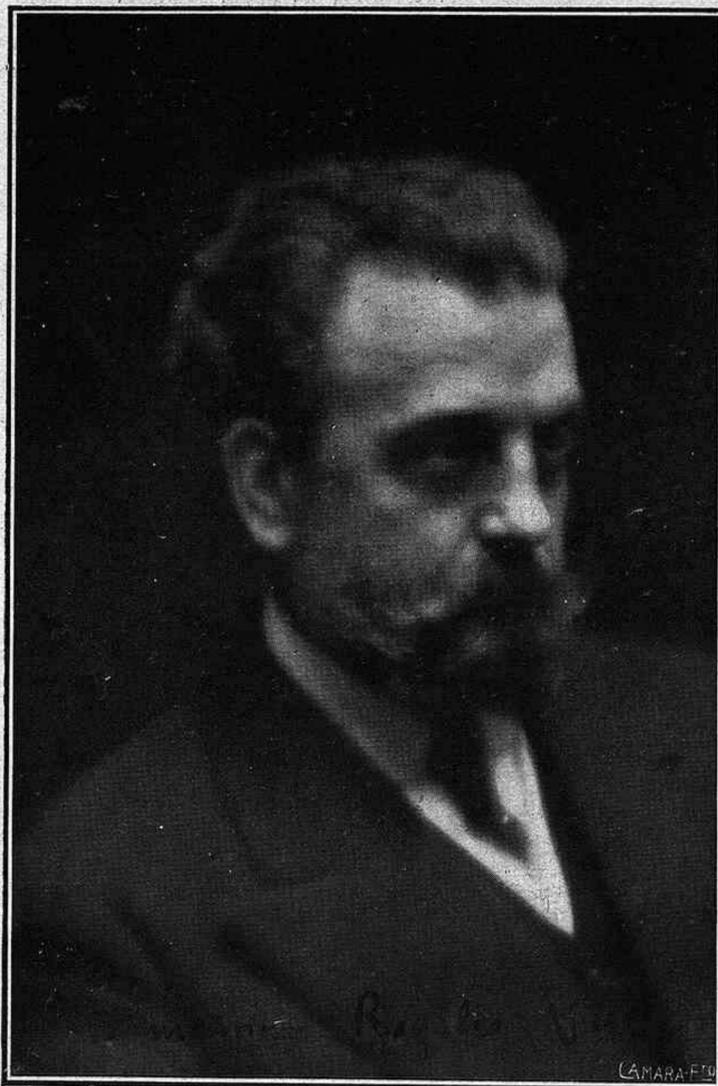
¡Qué satisfacción he experimentado al coincidir con el gran crítico en muchas cuestiones referentes á lo que se llama arte francés moderno!

Porque Lalo no cree que en la música dramática ha llegado nadie, en ningún país, más allá de Wagner; ni en la música de cámara ha sido Beethoven superado.

Buena será que advirtamos que en los juicios de Lalo, cuando juzga una obra musical, no influyen ninguna clase de prejuicios ni tendencias de escuela, ni menos sus gustos personales: es ecuanime y desapasionado.

Por sus venas circula sangre española, pues descendiendo de una familia que se estableció en Flandes en la época de la dominación española. Los rasgos fisonómicos de su padre y los suyos propios conservan un sello muy español.

En casa de su padre conoció á Sarasate y á Albéniz. Su hermano tocaba música española, naciendo en él la curiosidad por estudiarlos ar-



PIERRE LALO

tísticamente. «Tengo tanta simpatía por la música española—me dice—como antipatía por la italiana.» Por Sarasate y Albéniz comenzó á conocerla, convenciéndose de su importancia. En su concepto, las obras de Albéniz son geniales. ¡Lástima que el inglés Cuttis, su protector, cohartara la libertad del gran músico español con un contrato muy halagador, pero hecho en circunstancias deplorables de su vida!

Pedrell, Granados, Turina y Falla tienen en Lalo un admirador, para los que tiene frases de sincero elogio. *La vida breve* fué el primero en oírlo en París. Falla se la dió á conocer, sorprendiéndole gratamente el talento de este interesante compositor español.

Lalo, con evidente clarividencia, me dice: «que serán una verdadera calamidad para nuestro arte musical las influencias de la música rusa y francesa ultramodernas, pues desnaturalizándole con las fórmulas peculiares de esas escuelas, no conseguirán otra cosa que caricaturizarle». (Esto lo venimos diciendo algunos hace tiempo, y claro está que sin confundir lo que muchos entienden por música española, que no suele ser música.) Para nuestros instrumentistas tiene Lalo también frases entusiastas. Quiroga es la perfección; Viñes, el apóstol de la música ultramoderna del piano, un artista muy estimable.

Le ha sorprendido la vida musical de Madrid en la hora actual, experimentando un deleite inenarrable al oír dos veces y á dos artistas españoles distintos, en pocos días, la *Sinfonía Española*, de su padre: á Costa en Price, con la orquesta de Pérez Casas y á Quiroga en la Sociedad Filarmónica, produciéndole muy buena impresión las dos interpretaciones, cada una en el aspecto que distingue y diferencia á los dos violinistas.

También ha oído á la Orquesta Filarmónica los fragmentos de la ópera *Cástor y Pollux*, de Rameau (recientemente representada en París), arreglados por Gevaert, que no ha logrado oír á las orquestas de París, á pesar de sus insistentes requerimientos desde las columnas de *Le Temps*, pues siente una adoración particular por la música clásica francesa, fuente y origen, con la italiana, de la gran época musical germana, que sintetizan sus genios inmortales.

Es de tal interés la opinión de Lalo sobre algunos compositores ultramodernos, aunque ya es conocido su pensamiento sobre las últimas tendencias del arte musical, expuesto en sus célebres folletos de *Le Temps*, que voy á reproducir lo más fielmente posible algo de lo que he oído de sus labios:

«Debussy—me dice—ha sido, ante todo, un poeta que se ha creado él mismo los medios de expresión, y Strawinsky es una fuerza intensa que se renueva sin cesar.» *La consagración de la Primavera*, del joven compositor ruso, no le gusta (aun teniendo en cuenta su interés) por las perpetuas armonizaciones en segunda, insufribles en los pasajes fuertes.

Los demás son obreros técnicos, imitadores de recetas (¡como que no hay arte en que más abunden los «trucos» y los formatos!); no hablan más que del oficio preocupados con sus *trouvailles*, con sus pensados hallazgos, con sus pequeñas é insignificantes fórmulas harmónico-rítmicas.

«Sus obras, hijas del dios Azar y de la princesa Ignorancia, no dan, por lo general, la impresión de lo hondamente sentido»; son divagaciones inconscientes, fantasías desequilibradas unas veces; otras, banalidades con aspecto de rarezas y extravagancias en las que sólo se utilizan los elementos accesorios del arte de los sonidos.

«En las obras literarias de Wagner y en los *Cuadernos de conversación*, de Beethoven, nunca encontraremos—dice Lalo—alusión ninguna á la técnica; en ellas no se ocupan más que de arte, de belleza de concepción, mientras que los jóvenes músicos franceses, por el contrario, sólo hablan de la construcción, de la escritura, de la sonoridad, siempre de la sonoridad, de los procedimientos técnicos, lo que revela un concepto del arte, pobrísimos.»

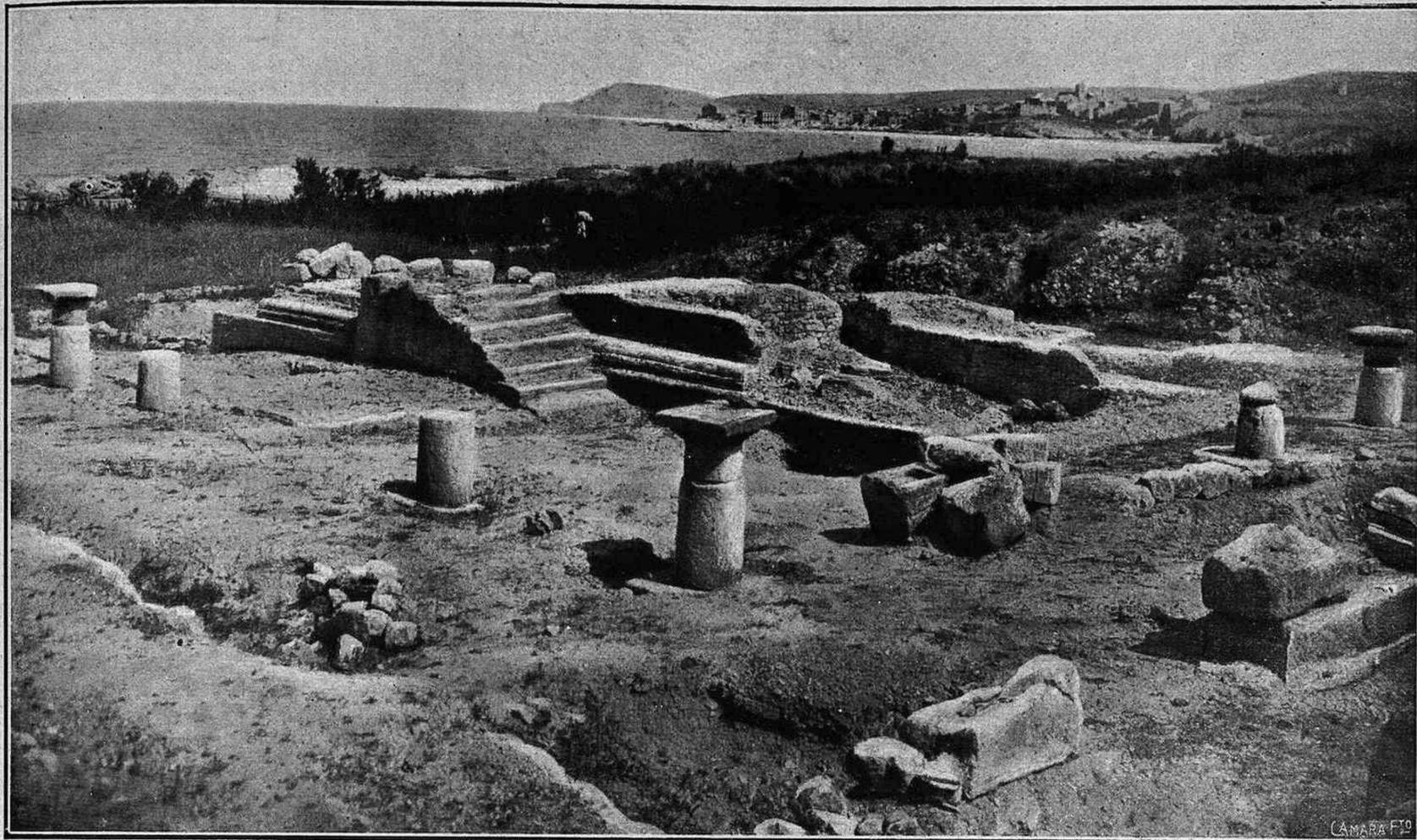
Esto es, desgraciadamente, lo que imitan y con lo que se entusiasman algunos de nuestros compositores más significados y otros de menor cuantía.

A este propósito le hago observar á Pierre Lalo lo deficientemente informados que suelen estar los artistas franceses respecto á nuestra música genuinamente española (prescindiendo ahora de su mérito absoluto) y de nuestros compositores. No conocen el teatro de Chapí, por ejemplo, como obra de carácter; les han sorprendido los informadores; han visto nuestro arte á través sólo de un prisma, creyendo de buena fe que en España no hay más músicos que los que han estudiado en París. Conrado del Campo, Pérez Casas, Manén, Oscar Esplá, Lamote de Grignon, Morera, Vives, el mismo Falla (que no creo que tuviera nada que aprender en París, salvo el vivir en un ambiente más intenso), ninguno de los compositores citados se ha formado fuera de España.

Con un efusivo apretón de manos me despido de Pierre Lalo, con el que he pasado unos momentos deliciosos.

ROGELIO VILLAR

Grandes descubrimientos arqueológicos en San Martín de Ampurias

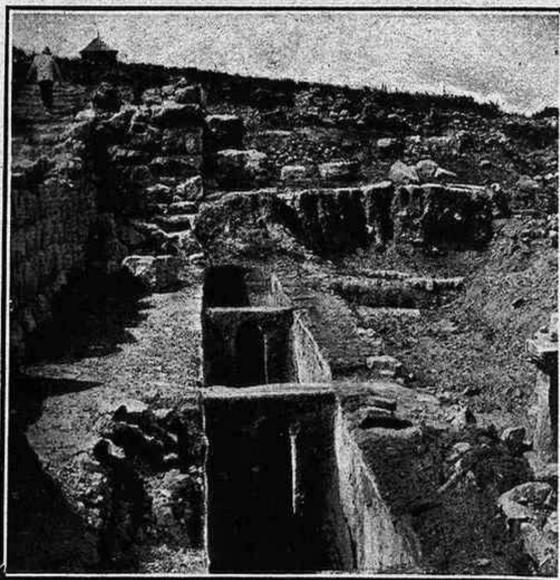


Templo de época romana

El lugar de Ampurias es uno de los más interesantes de Cataluña por sus monumentos arqueológicos y por los descubrimientos de esta clase, realizados en diferentes épocas. El año 1846 se descubrió en las ruinas de la antigua ciudad un magnífico sarcófago de mármol blanco, del siglo VI, que fué depositado en el Museo Provincial de Gerona. El ilustre escritor catalán, D. Víctor Balaguer, hablando de Ampurias ha escrito que «á cada paso se hallan en estos fécondos arenales, á más de piedras preciosas, anillos, adornos de damas, monedas, utensilios domésticos, etc. Tal vez aparecería, tan sólo fuese en ruinas, la ciudad antigua, y los extranjeros vendrían á nuestra Patria para visitar á Ampurias, como ahora se va á Pompeya y á Herculano».

Por cuenta de la Junta municipal de Museos y Bellas Artes de Barcelona se emprendieron, hace algún tiempo, trabajos de exploración, que fueron secundados por la Diputación provincial de aquella ciudad.

Puede afirmarse que están comprobados los textos de Estrabón y Tito Livio sobre el emplazamiento del solar emporitano.



Cisternas de la ciudad griega

Merced á las excavaciones, se distingue la puerta de entrada á la ciudad ibero-romana, que está formada por una bóveda de hormigón. Al fondo de la puerta se abre una calle, que se supone debió ser porticada, dada la abundancia de bases de molduraje pobre y los fustes derriuidos descubiertos.

En la parte correspondiente al recinto griego, están al descubierto trozos de la antigua muralla, varios basamentos y una gran escalinata. Cerca de las ruinas del que fué convento de los Servitas, también se han realizado excavaciones, quedando al descubierto una cisterna y restos de habitaciones con mosaicos.

Otros trabajos de excavación, realizados por cuenta del Estado y particulares, han dado por resultado descubrir los restos de una basílica cristiana, con un columnario, y multitud de enterramientos, formados con tégulas, ó sea simples sarcófagos de argamasa.

Igualmente han sido descubiertos varios fragmentos de mosaicos de dibujo geométrico, en cubillas de mármol blanco y negro, y una vivienda romana. Bastan estas notas para apreciar el interés arqueológico que tiene Ampurias.



La muralla del antiguo puerto



Restos del altar de un templo romano

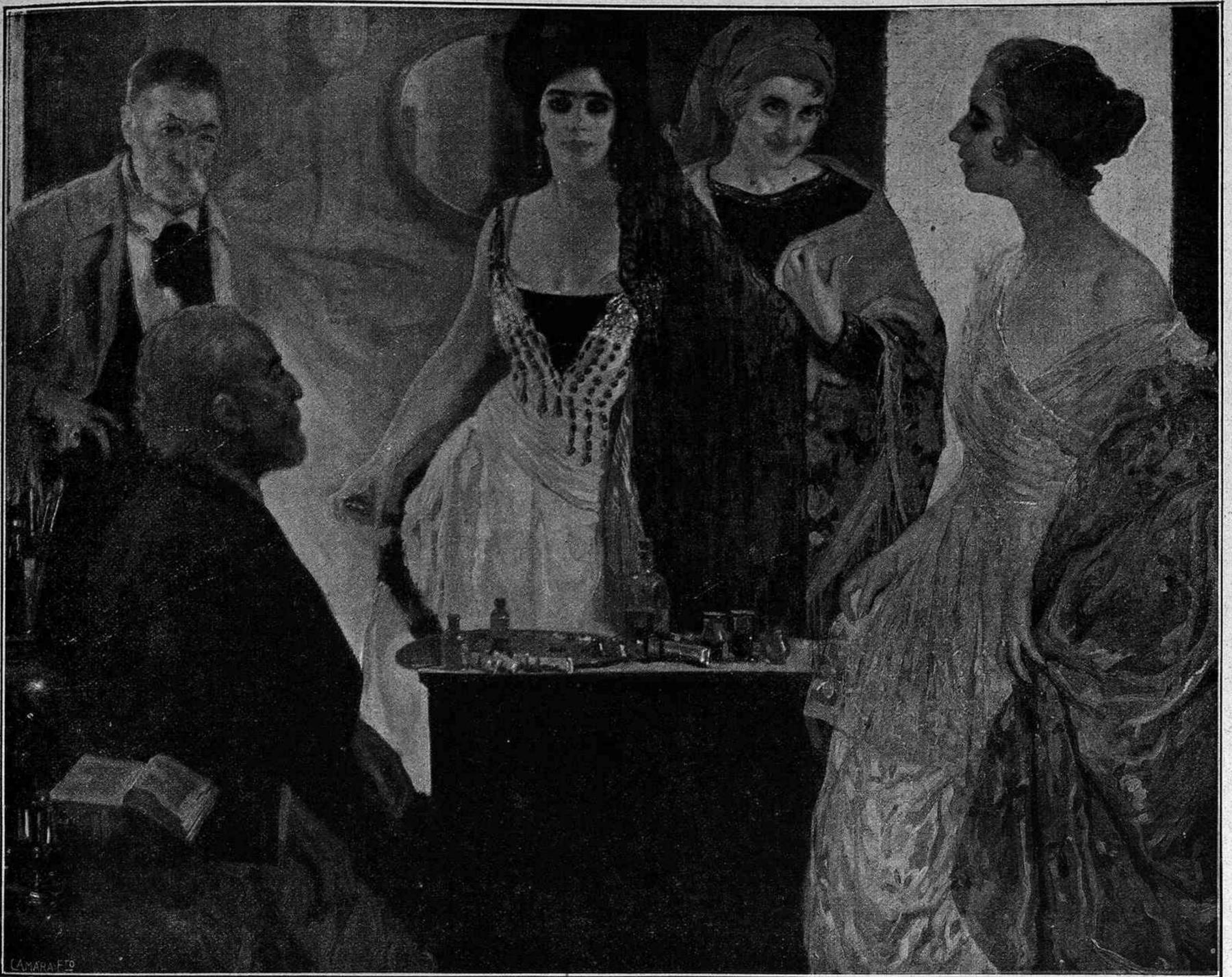
FOTS. FERRER

LA RIQUEZA ARTÍSTICA DE ESPAÑA



RINCÓN DE LA CATEDRAL DE SIGÜENZA, EN EL CUAL SE VE UN MAGNÍFICO RETABLO EN PIEDRA, DE ESTILO RENACIMIENTO

FOT. SALAZAR



Cuadro de José Cruz Herrera

APÓLOGOS

LA VEJEZ DE PÁRIS

Te he llamado—dijo el pintor á su amigo—, porque necesito de tu consejo. Quiero comenzar un cuadro y vacilo entre tres modelos diferentes, que habrían de sugerir tres obras absolutamente distintas.

Eran ya viejos ambos pintores: abrumado de medallas y de cargos académicos, el solicitante; limpio de tales inútiles aditamentos, el solicitado, pero más íntegro, en cambio; de una belleza interior que se traslucía en sus cuadros, desconocedores del ambiente mefítico de los certámenes nacionales.

Ya en el estudio, sentóse el amigo y fueron desfilando ante él las tres mujeres, con la triple y seductora fragancia de sus encantos distintos.

Vestía la una su cuerpo moreno con estos afrancesados goyismos que ahora gustan á cupletistas y bailarinas. Su rostro cálido, con las pupilas muy negras; los labios muy rojos y venteadora la nariz, era una promesa de lascivia.

Rubia y altiva, otra de las modelos, movíase dentro de señoriles galas, como una dama que fuera á una fiesta aristocrática. El perfil de su rostro sostenía un gesto de frío desdén.

Y detrás de sus compañeras sonreía la tercera modelo entre su campesino indumento, que evocaba norteños pueblos. Era tan dulce y suave su sonrisa que parecía iluminarla toda.

Largo tiempo, y en un silencio donde se oían respirar los senos femeninos y latir el corazón del viejo amigo, permaneció el solicitado frente á las tres mujeres. Luego, volvió á su amigo el rostro, y dijo:

—En idéntico aprieto que Júpiter al hijo de Príamo y de Hécuba me has puesto, y, como entonces, Venus, Juno y Minerva solicitan la elección viril, y en mis manos parece fulgir la áurea manzana, con

su inscripción *pulchriori detur*, origen de discordia.

—¿Y á cuál eliges?

—Un momento, amigo mío, un momento. Si fueras joven, te aconsejaría Venus, que aquí se nos muestra, no en toda su desnudez como la hija de las ondas y madre del amor, sino agravado su sensual influjo por este traje de holgorio que la moldea el cuerpo y esa mantilla negra que la acaricia las facciones. Toda ella representa el venusino placer y habría de ser representada como tal, como una palpitante y encendida estrofa de Ovidio ó como una página turbadora del Kama Sutra. Para ello, es preciso, amigo, el fuego de la juventud, tan propicio al gustoso pecado como á sus plásticas representaciones, en el sentido de no hacerlas grotescas ó repugnantes. Dieras con la exacta expresión de esta moza, y siempre sería triste tu senil salacidad.

Venus hizo un mohín picaresco y, tarareando un cuplé, moviendo con lúbrico contoneo sus caderas, fué lentamente hacia el cuarto de vestir, desabrochándose el corpiño durante el camino, cual una malicia más...

—Si fueras rico, te aconsejaría esta Juno, en todo el esplendor de su hermosura orgullosa y señorial. Pero ha de ser pintada en un ambiente que realce su altivez y su desdeñosa apostura. La imagino en un sarao cortesano ó en su íntimo *boudoir* de gran dama. Habría de sugerir la vida fácil, la distinción natural, la limpia herencia de la sangre patricia... ¿Y es posible todo esto para ti, que lo desconoces y que te asomaste muy de tarde en tarde á la vida donde Juno triunfa? Nada tan absurdo, amigo mío, como esos libros donde se retrata la vida de los poderosos y de los aristócratas por un pobre hombre que compra de ese modo el alivio de su miseria.

¿No has temblado ante el peligro de que sonría despreciativa una auténtica Juno frente al cuadro donde esta buena muchacha, á quien enloquece el fausto de los trajes y la fría belleza de su cuerpo, parodiase la riqueza y el bienestar?

La segunda modelo volvió la espalda á los dos pintores, y lentamente, entre el frufuteo de sus sedas y el revuelo de sus encajes, estelando un perfume demasiado penetrante, se dirigió al cuarto de vestir, como María Antonieta debió ir hacia la guillotina.

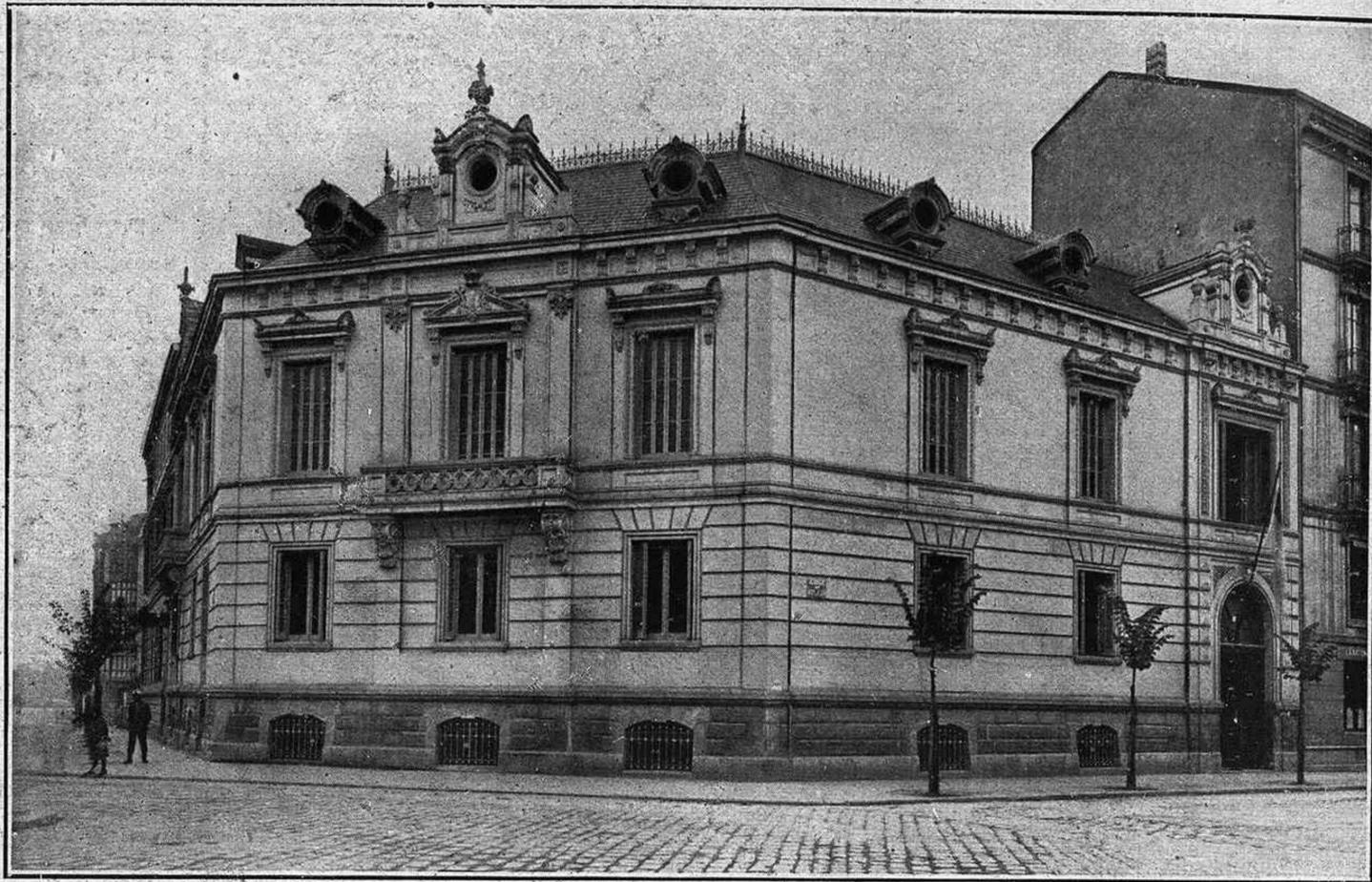
—Pero si Venus te es negada por tu vejez y Juno haría ridícula tu pobreza, he aquí á Minerva, que ha substituído el casco, el escudo y la lanza por el pañolillo donde su cabellera se oculta, el mantón que la cubre castamente el busto y la ramita de brezo silvestre, que parece florecer sobre su sonrisa cuando lo mordisquea para disimular el rubor. He aquí la suprema sabiduría de la Naturaleza. He aquí el límite ofrecido á los verdaderos artistas de la sencillez, la pureza y la claridad. Todo nuestro arte está ligado por una serie de esfuerzos y desalientos que nos llevan á ella. Los jóvenes no pueden comprenderla, los ricos no se molestan en buscarla. Es el privilegio de los viejos y de los humildes. Huele á campo y nos aquieta el espíritu con su ingenuidad. Este es el modelo, amigo, de tus obras futuras... Ten, muchacha, no puedo darte más.

Y París, viejo, pobre, entregó á Minerva, disfrazada de campesina, una moneda de plata, donde no había grabada la frase *Sea dada á la más hermosa*, sino *Alfonso XIII, por la gracia de Dios*, que, después de todo, tiene más valor en el mercado.

José FRANCÉS

CULTURA ESPAÑOLA

El Círculo de Bellas Artes y el Ateneo, de Bilbao



Edificio del Círculo de Bellas Artes y Ateneo, de Bilbao

El día 22 de Octubre de 1913, un pequeño grupo de artistas, recogiendo las aspiraciones latentes de cuantas personas hay en Bilbao aficionadas á las artes, decidieron fundar una Sociedad que recogiera las diversas manifesta-

ciones estéticas regionales. Se celebró la primera reunión en el estudio del Sr. Asarta, y, después de elegir la Junta directiva, se redactó un reglamento y se recibieron numerosas adhesiones, que permitieron constituir en seguida la proyectada Sociedad.

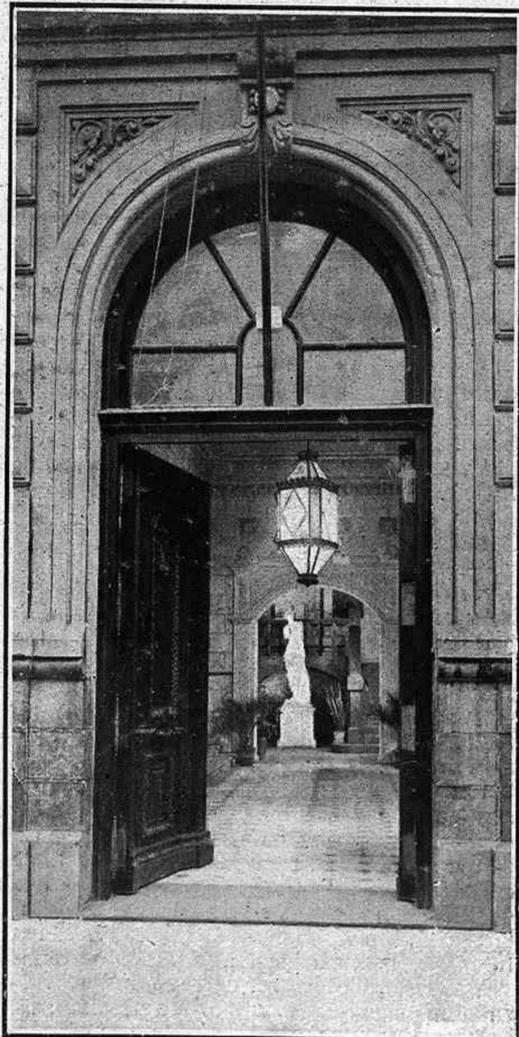
Abechuco, contador; Luis Basterra, vicecontador; Julio Sáenz Barés, tesorero; Higinio Basterra, vicetesorero; Fernando de la Quadra Salcedo, secretario; Federico Angulo, vicesecretario, decidió imprimir una Memoria detallada, en

En 24 de Octubre de 1914 otra agrupación de profesionales y aficionados de las letras y de las ciencias fundó el Ateneo, eligiéndose una Junta directiva que, poco después, presentó en casi su totalidad la dimisión, y, á propuesta de los ateneístas que formaban parte de la Sección de Artes plásticas, se acordó, en la Junta del día 5 de Diciembre, la unión de ambas Sociedades, con el título de *Círculo de Bellas Artes y Ateneo*, y convocar una Exposición de pintura y escultura, en los locales arrendados en la calle Escuzá. La Exposición se celebró en Febrero de 1915; fué organizada por el Sr. Alcalá Galiano, y concurrieron á ella, entre otros ilustres artistas, los pintores Aguirre, Alcalá Galiano, Asarta, Benedito, Cabanas Oteiza, Néstor, Garros, Goicuría, Huidobro, Landajo, Larroque, López Mezquita, Romero de Torres, Salazar, Zubiaurre, y los escultores Basterra, Benlliure, Coullaut Valera, Moisés de Huerta, Moreno y el arquitecto Sáenz Bares.

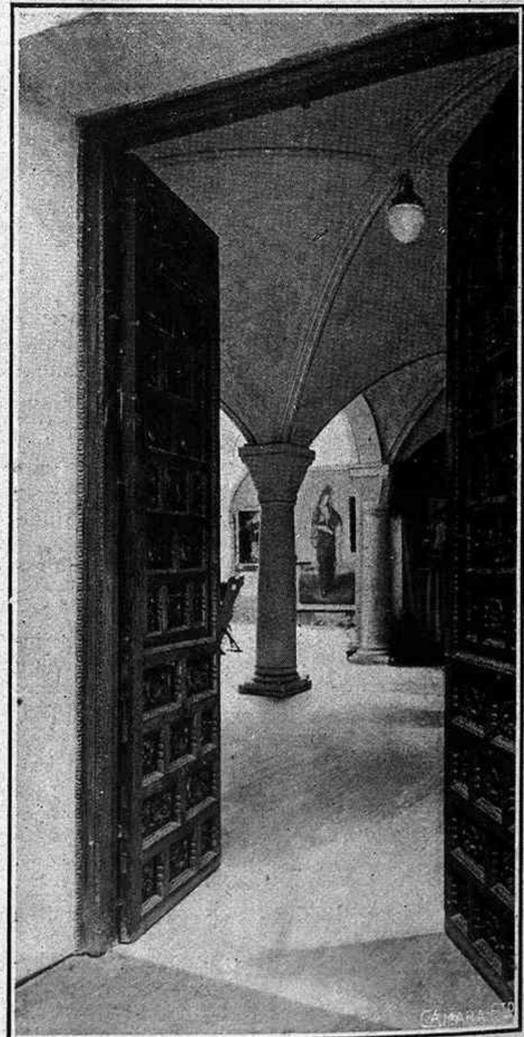
El primer paso ya estaba dado, y en terreno firme. A esta Exposición siguieron otras de arte contemporáneo y arte retrospectivo. Y simultáneas de estas manifestaciones artísticas del Círculo, iba la fraternal entidad del Ateneo dando fe de su existencia con un curso interesantísimo de las conferencias siguientes:

El Naturalismo y el Realismo en el Arte, por D. Antonio Plasencia; *Trueba, su vida y su obra*, por D. Francisco de Ulacia; *Disertación humanista del Diálogo y de la Amistad*, por D. Fernando de la Quadra Salcedo; *Principios de Estética*, por D. Francisco de Ulacia; *El retrato*, por D. Julián de San Pelayo, presidente del Ateneo; *El Estado moderno, La guerra actual y las doctrinas de Vitoria*, por el Sr. Ispizua, y *Vasco Núñez de Balboa y el Canal de Panamá*, por el Sr. Villegas.

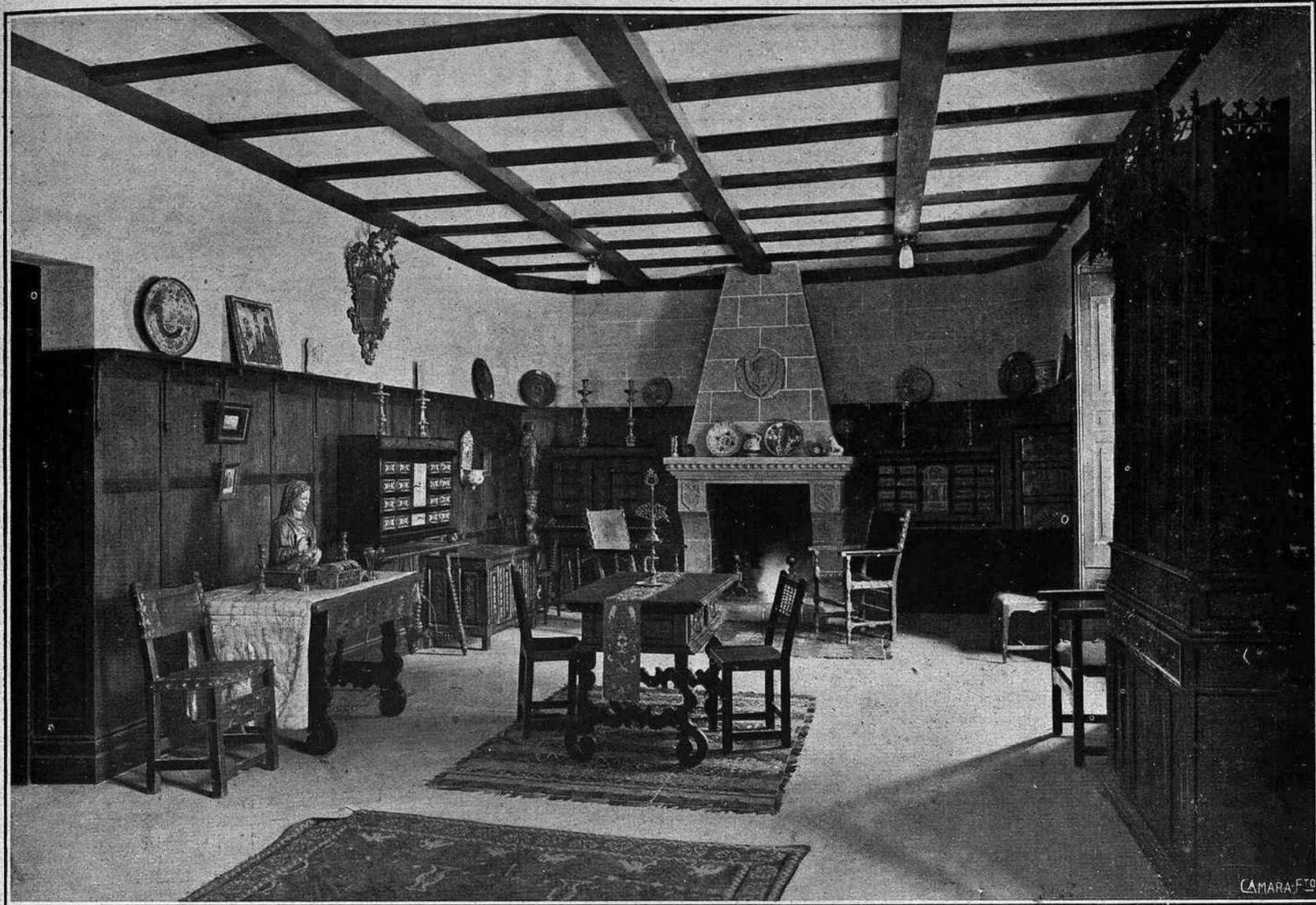
Atendiendo á las indicaciones de muchos socios, y convencida ella misma de la insuficiencia de local, la Junta directiva, compuesta entonces de los Sres. Alvaro Alcalá Galiano, presidente; Emiliano de Arriaga, vicepresidente; Daniel



Entrada del Círculo de Bellas Artes y Ateneo



Puerta del salón de Exposiciones del Círculo



Una de las salas del Círculo de Bellas Artes y Ateneo, de Bilbao

la que se enumerase los trabajos realizados por el Círculo en pro de la cultura y un proyecto de nuevo local, con presupuesto de las obras que tenían que realizarse en el edificio que, al efecto, se pensaba arrendar, solicitando de las personas aficionadas á las letras y á las artes su apoyo pecuniario para llevar á efecto tan necesaria iniciativa.

El presidente y los arquitectos D. Julio Sáenz Bares y D. Nazario Llano, fueron los encargados de las modificaciones que había que hacer en la construcción y de la decoración de los distintos salones.

Aunque el presupuesto de gastos no se cubrió, ni con mucho, pues no se vendieron más que dos terceras partes de las obligaciones emitidas, no por eso la Junta directiva renunció á su empresa, y, con entusiasmo casi temerario, comenzó las obras.

Se empezó por la sala de exposiciones ó la que, provisionalmente, había de servir para ellas, aprovechando las condiciones del local de la manera más ingeniosa, simulando una cripta románica, que, por unos arcos, comunicase con el patio cubierto, lo que permitió disponer de bastante espacio para colgar numerosos cuadros. A la cripta daba acceso una amplia escalera de madera, que arrancaba del zaguán del edificio. Se instalaron, además, amueblándolos y decorándolos con muebles antiguos, que daban al Círculo el aspecto de antigua morada señorial, una biblioteca, un salón de tresillo y cuatro ó cinco salones más.

Terminadas las obras, se volvieron á celebrar Exposiciones y á darse conferencias, entrando, por lo tanto, el Círculo de Bellas Artes y Ateneo en una nueva fase de vida intelectual y artística muy activa.

En las primeras conferencias se desarrollaron temas musicales. Don Emiliano de Arriaga leyó un documentado estudio acerca del *Cuarteto*, con algunos ejemplos ejecutados por aventajados discípulos de la Academia de Música, de la cual es presidente dicho señor. Al Sr. Arriaga sucedió el Sr. Gascue

disertando sobre el tema *Influencia de la música árabe en la castellana*, auxiliado por algunos elementos del Orfeón Euskeria.

El 18 de Abril de 1916 se inauguró la Exposición de los cuadros de Adolfo Guiard, que había permanecido largos años en París, uno de los primeros que dieron á conocer en Vizcaya las modernas tendencias del arte francés, y al cual ha consagrado recientemente la notable revista *Hermes* un número especial. La clausura de esta Exposición fué solemnemente celebrada con una velada en honor del gran pintor vasco, donde se pronunciaron discursos y leyeron trabajos críticos de positivo mérito. El día 15 de Abril, el secretario de la Sociedad, D. Fernando de la Quadra Salcedo, inauguró la serie de conferencias cervantinas, hablando de las obras de Jáuregui, como pintor de Cervantes. A estas conferencias sucedieron: *Cervantes mentalista*, por D. Francisco Ulacia; *De divulgación estética*, por D. Oscar Rochlt, y *Don Quijote el Buen Caballero*, por el Sr. Vidal Tolosana.

Con estas disertaciones literarias alternaron otras de carácter bancario, mercantil y comercial y de ciencias sociales, á cargo de especialistas distinguidos.

Al mismo tiempo, el presidente del Círculo de Bellas Artes, Sr. Alcalá Galiano, seguía prestando sus entusiasmos y su competencia á la organización de diversas Exposiciones interesantísimas.

Una de las más importantes fué la celebrada en el mes de Agosto, y en la cual exponían un magnífico conjunto de obras los ilustres artistas José María López Mezquita, Mateo Inurria, José Pinazo, Francisco Llorens y Moisés de Huerta. Al mismo tiempo, se celebraba otra Exposición de mobiliario antiguo, que fué también muy elogiada.

No era menor la actividad del Ateneo. Los actos culturales, conferencias y lecturas se sucedían, cada vez más importantes y con mayor éxito.

Ilustres catalanes acudían, á requerimientos de la Junta directiva. Primero el poeta Joaquín Montaner, que leyó varias poesías; luego, el catedrático de la Universidad de Barcelona D. Agustín Murúa, que dió una conferencia sobre *La Universidad vasca*.

Además de estas conferencias y Exposiciones, el Círculo de Bellas Artes y Ateneo editaba folletos y libros como los del Sr. Ispizua, *La guerra actual y las doctrinas de Francisco Vitoria*, y del Sr. San Pelayo, titulado *De arte hispánica*, y comenzaba la publicación de la *Revista del Círculo de Bellas Artes y Ateneo*, en cuyas páginas habían de colaborar eminentes literatos y artistas de la región vasca.

Y todo esto no era más que el principio.

En los años siguientes, el Círculo de Bellas Artes y Ateneo de Bilbao ha ampliado su esfera de acción: ha mejorado su local social, ha intervenido de modo más directo aún en la vida bilbaína y es el verdadero Centro de cultura, del cual irradian todos los aspectos intelectuales y artísticos del importantísimo pueblo vasco.



Detalle de uno de los salones del Círculo

MOMENTOS HISTÓRICOS
MATRIMONIO FRUSTRADO

DESDE los postreros años del rey Felipe III había el monarca británico Jacobo I deseos de emparentar con la Casa Real de España, casando con una princesa de la sangre á su hijo Carlos, aquel malaventurado príncipe que hubo de bajar del trono para subir al caldoso.

Con toda cortesía, pero también con mucha lentitud, comenzáronse los preliminares de los tratados. El devoto monarca español resistía como católico porque repugnaba tanto á su conciencia el recibir en su familia, más que fuese por razones de Estado, individuos de otra secta.

La infanta Doña María fué la destinada; mas de allí á poco murió su augusto padre y quedaron suspendidas las negociaciones.

Algún tiempo después volvióse sobre la idea, y aviváronse más las esperanzas del inglés, quien para apretar el caso con más fuerza y eficacia envió como embajador al conde de Bristol, acompañado del diplomático español Gondomar.

Felipe IV pareció acoger con mejor voluntad que su difunto padre el amoroso proyecto, pero el tiempo corría, dilatábanse las esperanzas y no llegábase al fin que deseaban los prometidos, que habían llegado á interesarle.

Al fin, como el amor siempre fué mal amigo de la paciencia, vino á acontecer que el galán no quiso esperar más y partióse de Londres para Madrid.

Aunque de la Corte del rey su padre salió con la decencia y ceremonia que convenía, cuando se vió en tierra española dejó correr su espíritu franco y aventurero, y quiso entrar en Madrid lisa y llanamente como correspondía á un hombre que antes que príncipe era enamorado.

Muy descansado y satisfecho hallábase el embajador británico la mañana del 7 de Marzo de 1623, cuando diéronle noticia de que dos súbditos ingleses esperábanle en el zaguán.

Mandó que subieran luego; mas el criado que anunció la visita, dijo que antes mandaban ellos, con cierta autoridad, que saliese Su Excelencia á recibirles. Extrañó al prócer esto, y salió, más que por fineza, por curiosidad de quiénes pudieran ser los huéspedes.

Desde lo alto de la escalera tornó á invitarles á que subieran; mas ellos se obstinaron en que bajase el ministro. Obedeció éste, al cabo, y hallóse ante el príncipe de Gales y el duque de Buckingham...

Jamás príncipe alguno fué tan festejado de la Corte de España.

De allí á pocos días de la incógnita llegada fué solemnemente recibido Su Alteza.

Madrid entero se vistió de fiesta, aunque ciertamente no estaba para muchos dispendios. Ex-



CARLOS I DE INGLATERRA, por Van-Dyck

pidióse premática nueva suspendiendo la dada poco antes para contener el lujo y gasto superfluo, á fin de que cada uno pudiese hacer honor al pretendiente en la medida más gentil y ostentosa.

Hubo verbena en el Buen Retiro la noche de San Juan, y en ella gastó el Conde-Duque una verdadera fortuna en joyas para las damas y guantes y sortijas para los caballeros. Fiestas y corridas de toros en la Plaza Mayor, en las que hicieron gala de arrojo y destreza los más famosos jinetes de la villa.

Esta manera pasaban los días y corrían los meses en amable holgorio; pero el capítulo de las bodas, que era la causa de todo, no acababa de concertarse, y era que el espíritu católico del monarca hispano y la intriga de Olivares querían, como suele decirse, nadar entre dos aguas. Sin duda que entendían que era un mal negocio, y así, ya que no habrían de cumplir el gusto del príncipe Carlos, miraban á hacerle pasar el tiempo de manera agradable; desta suerte se le ha-

ría el tiempo más corto.

Después de muchas negociaciones, y teniendo el parecer favorable del Pontífice, llegaron á concertarse un tratado público y otro secreto. El primero estipulaba que el matrimonio celebrárase en España y se ratificaría en Inglaterra; que los hijos habidos estarían hasta los diez años bajo la tutela de la madre; que la infancia y su servidumbre habrían una iglesia con capellanes españoles. El segundo, constaba de cuatro artículos respecto á las leyes del culto, y promesa formal de no intervenir entre sí en los casos de conciencia de cada uno.

Pero, á pesar de todo, cada vez veíase más lejano el término de los tratos, y llegó un día en que el pretendiente se cansó de tanta dilación y determinó dar por terminada su estancia en Madrid.

Por otra parte Buckingham no se llevaba bien con el Conde-Duque, porque llegó á conocer su política taimada y feble, y cada día aconsejaba á su señor la vuelta á Londres.

Tanto pudieron al fin los consejos del duque, que el príncipe dispuso su partida, pero dejando un representante que continuase en su nombre las prolijas negociaciones.

Nada se hizo en la Corte para impedir la partida de Su Alteza, que fué el 7 de Septiembre.

Solemne y afectuosa á un tiempo mismo fué la despedida, pues el rey y los infantes acompañaron al augusto huésped hasta El Escorial.

No tan cordialmente parece que dijéronse adiós Buckingham y Olivares, pues cuentan que el magnate inglés dijo al prócer español:

—Yo, siempre seré un servidor humilde del rey, de la reina y de la princesa, pero vuestro, ¡jamás!

A que respondió don Gaspar:

—Agradézcoos la fineza.

Y le tornó la espalda.

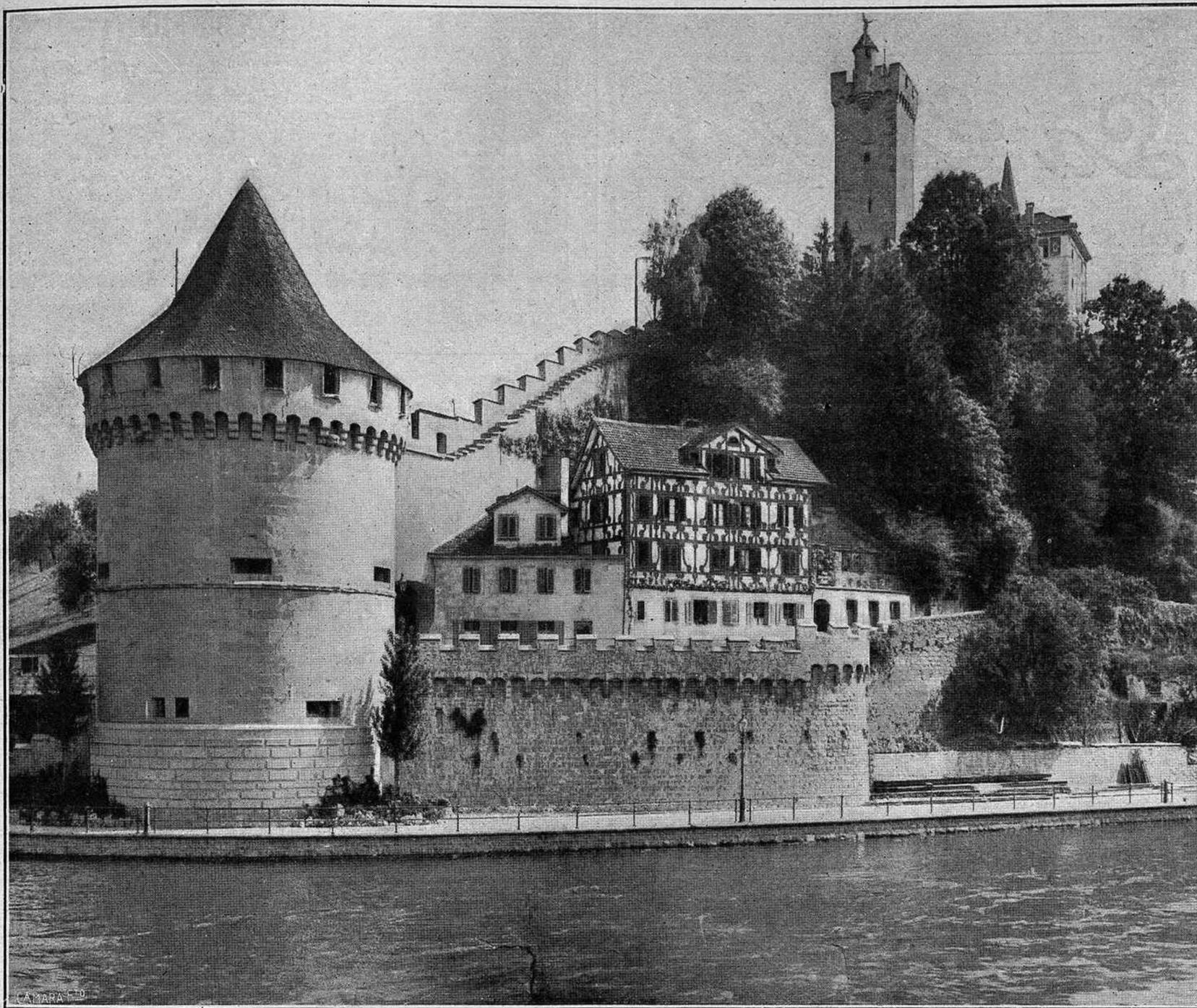
Aunque no lo demostrara, el príncipe británico llevaba clavada en su alma la espina de la humillación, y no pensaba en más de en buscar el momento de vengarse.

Parece que en su ausencia ya reflexionó Felipe de Austria con más mesura, y quiso acelerar tanto el pleito de la boda de su hermana, que se señaló para celebrarla el 9 de Diciembre. Se convidó á la nobleza, se previnieron las fiestas de rigor y se dispuso en Palacio las habitaciones de los novios; pero estando en este grato desasosiego, recibió el conde de Bristol orden de tornar á Londres, informando primero al monarca español, que el inglés estaba dispuesto á llevar á cabo el matrimonio siempre que aquél se comprometiera á defender el Palatinado.

Miróse tal condición como deshonorosa para la Corona de España, y en aquel mismo instante quedaron deshechos los pactos de las bodas.

DIEGO SAN JOSE

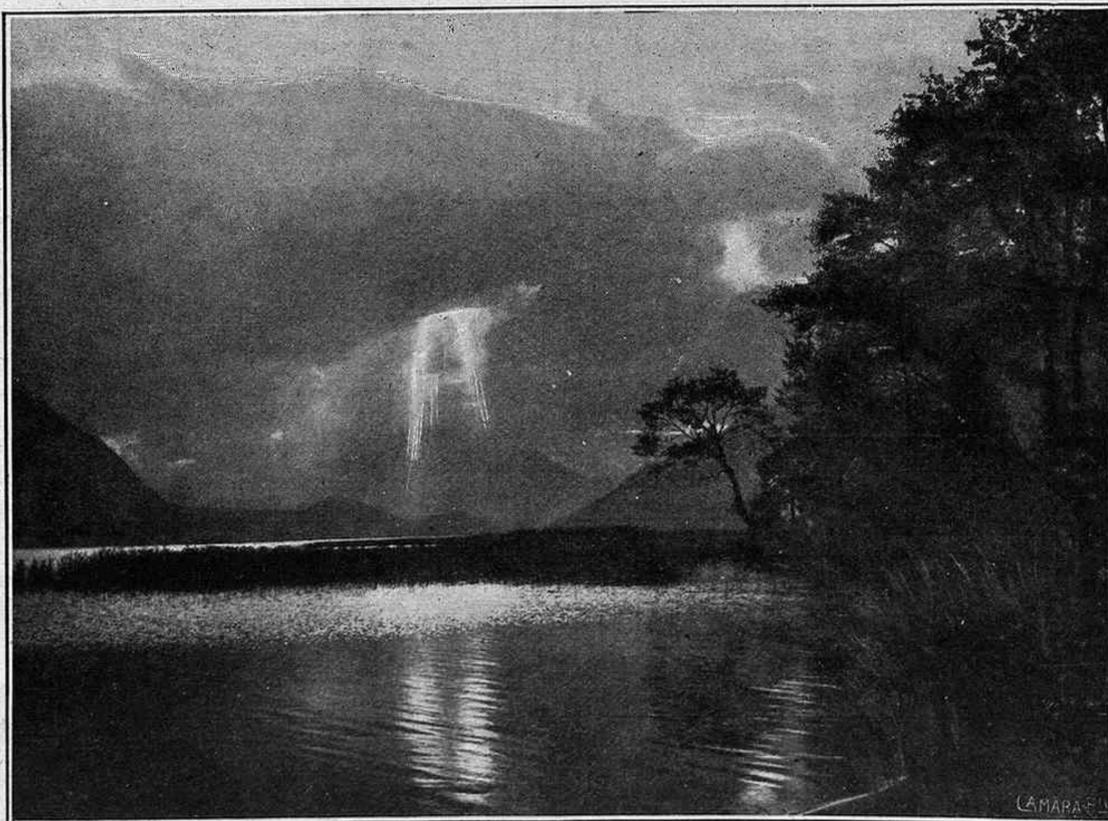
PANORAMAS EXTRANJEROS



Lucerna.—La torre de Nollli

La guerra, que tan graves trastornos ha producido á todos los pueblos del mundo, ha cerrado las fronteras suizas para muchos que visitaban periódicamente á las bellas ciudades de la dichosa república. Pero con la enorme merma de turistas, Suiza vive con relativa tranquilidad, gracias á su apartamiento de la feroz contienda. Como España y los países escandinavos, contempla el lento desarrollo de la lucha y asiste desde su posición, eminentemente estratégica, al terrible espectáculo de destrucción y de muerte.

Lucerna es una de las poblaciones suizas que merecieron en todo tiempo el interés y la atención de los turistas. Siempre ha sido lugar á propósito para la reunión de los excursionistas que visitaban el Pilatos, el Righi y el lago de los Cuatro Cantones. Sin salir de



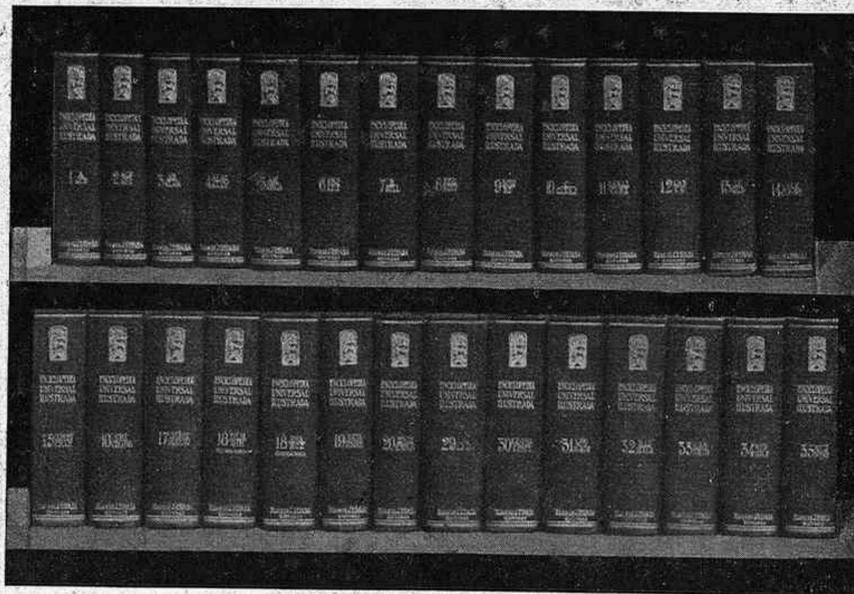
Un efecto de sol en el lago de Thun (Suiza)

Lucerna, los viajeros tienen mucho que ver y que admirar. Aparte sus bibliotecas y museos y el aspecto general de la población, atraen la atención y la curiosidad el llamado *Jardín de los glaciares* y el Parque de Armas, donde se conservan los trofeos ganados por la Confederación en diversas guerras, y se guarda una numerosa colección de armaduras antiguas, de gran valor histórico, desde la sobrevesta del suizo de Seinpach hasta la albarda y la galoneada casaquilla de los suizos pontificios, popularizada por el grabado. Son también dignos de admirarse los cuatro puentes cubiertos, principalmente el de Kapellbrücke, por sus magníficas pinturas representativas de las vidas de los patrones de la ciudad, y el de Mühlenbrücke, por sus famosísimos cuadros de la danza macabra de Meglinger.

Próxima á terminarse la reedi-
ción del número extraordinario de

La Esfera

dedicado á Asturias, informamos á aque-
llos de nuestros corresponsales que to-
davía no han recibido los pedidos de
aumento que nos hicieron, que podre-
mos servírselos desde el día 10. Tam-
bién rogamos á los lectores que no ha-
yan podido adquirir el expresado nú-
mero en la primera edición, que renue-
ven sus pedidos á los corresponsales y
vendedores de toda España, que desde
el día 10 del corriente podrán servir
::: cuantos ejemplares se les pidan :::



"ENCICLOPEDIA ESPASA"

La Esfera

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

Madrid y provincias.....	Un año	30 pesetas
	Seis meses.....	18 >
Extranjero.....	Un año	50 >
	Seis meses.....	30 >
Portugal.....	Un año	35 >
	Seis meses.....	20 >

YELMO FLORIDO

POR

JOSE MONTERO



*Libro primorosamente editado, con ver-
sos y prosa, á manera de prólogo,
de Francés, López Martín, Pérez
Olivares, López de Saá y Ramírez
Angel :-: Dibujos de Alcalá del
Olmo, Antequera Azpiri, Fe-
rrer, Güel, K-Hito, Marin,
Ribas, Tito, Varela de
Seijas y Verdugo Landi.*

Pedidos á «Prensa Gráfica» y á la «Editorial Mundo
Latino», plaza del Conde de Barajas, núm. 5, Madrid.

Precio: **4 pesetas** franco correo
certificado

AUTOMÓVIL

BARATO, MUY BARATO Y CASI NUEVO

Se vende un ómnibus automóvil,
apropósito para industrias, ho-
teles, colegios, etc.

Es de la acreditadísima marca
"Dion-Bouton"

INFORMARÁN:

Administración de "Prensa Gráfica"
Calle de Hermosilla, 57. — Madrid

Lea Ud. los miércoles

MUNDO GRÁFICO

REVISTA POPULAR ILUSTRADA

30 cts. en toda España



PRIMERO Y ÚNICO DE SU GÉNERO EN ESPAÑA
 Estación de altura: 1.700 metros sobre el nivel del mar.—Mayor sequedad de atmósfera y muchas más horas de sol que en sus similares del Extranjero.—Abierto todo el año.
 Para informes, dirigirse al señor Director-Gerente, **Barquillo, 3, Madrid.**



ALFONSO FOTÓGRAFO
 6, Fuencarral, 6

CONSERVAS TREVIJANO
 LOGROÑO

Gran Casa de Modas "Riego"
 GIJÓN

Próximamente se inaugurarán, en la calle de Linares Rivas, 8, los magníficos salones de **modas y novedades**, con lujosos modelos de vestidos, sombreros, etc., etc.

EQUIPOS COMPLETOS DE ROPA BLANCA PARA NOVIAS
 ÚLTIMAS NOVEDADES DE PARÍS Y LONDRES

OBRA NUEVA

EL AÑO ARTÍSTICO
1917

POR
JOSÉ FRANCÉS

Un tomo de 430 páginas, en papel couché, con más de 300 grabados y cubierta a todo color y oro,
11,50 ptas. en rústica y 13 ptas. encuadernado
 EN TODAS LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS

HERMOSURA DEL CUTIS



—¿Por qué estás tan triste, Pura?
 —Porque el novio me rechaza.
 —No llores, vete a tu casa, ponte polvos PECA-CURA y enseguidita se casa.

¡SIEMPRE VEINTE AÑOS!

USANDO LOS PRODUCTOS

PECA-CURA

JABÓN CREMA POLVOS
 AGUA CUTÁNEA
 AGUA DE COLONIA

CORTÉS HERMANOS
 BARCELONA

TINTAS
 LITOGRAFICAS Y TIPOGRAFICAS
 DE

Pedro Closas

ARTÍCULOS PARA LAS ARTES
 GRÁFICAS

Fábrica: Carretas, 66 al 70 **BARCELONA**
 Despacho: Unión, 21

OMEGA

EL MEJOR RELOJ DE PRECISION
 DE VENTA EN TODAS
 LAS BUENAS RELOJERÍAS

RAMOS Especialidad en bisoñés de caballero y postizos con raya natural, patentado para el último peinado.
 Huertas, 7, Madrid

FOTOGRAFÍA

BIEDMA

ALCALÁ
 23
 HAY ASCENSOR
 Casa de primer orden

UNDERWOOD



Campeón

de las
 Máquinas de escribir

G. TRÚNIGER Y C.º

Balmes, 7, Barcelona. Alcalá, 39, Madrid.
 CASA SUIZA

Lea usted los viernes **NUEVO MUNDO**

El papel en que se imprime esta ilustración está fabricado especialmente para "LA ESFERA" por

LA PAPELERA ESPAÑOLA

ELIXIR ESTOMACAL

de Saiz de Carlos (STOMALIX)

Es recetado por los médicos de las cinco partes del mundo porque tonifica, ayuda a las digestiones y abre el apetito, curando las molestias del

ESTÓMAGO É INTESTINOS

el dolor de estómago, la dispepsia, las acedias, vómitos, inapetencia, diarreas en niños y adultos que, á veces, alternan con estreñimiento, dilatación y úlcera del estómago, etc. Es antiséptico

De venta en las principales farmacias del mundo y en Serrano, 30, MADRID, desde donde se remiten folletos á quien los pida.

ALHAJAS

BRILLANTES, PERLAS, ORO, PLATA Y PLATINO SE PAGAN COMO EN NINGUNA PARTE :- VENTA DE BANDEJAS, CUBIERTOS, VAJILLAS Y VARIOS OBJETOS PLATA DE LEY, AL PESO. FERNÁNDEZ Y VEIGA, ESPARTEROS, 16 Y 18, TELEFONO 2.529, MADRID

Remington UMC

Escopetas automáticas y de repetición



La escopeta de repetición Remington UMC puede usarse para disparar uno o más cartuchos. Cuando está cargada en toda su capacidad contiene seis cartuchos listos para disparar según desee el tirador. La escopeta de carga automática Remington UMC se fabrica de acuerdo con las patentes Browning. Esta escopeta carga el cartucho nuevo y desaloja la cápsula vacía automáticamente, pudiendo dispararse cinco cartuchos con gran rapidez.

Estas escopetas son armas favoritas entre los cazadores. Solicite otros informes al comerciante de su localidad, o escribanos pidiendo catálogo descriptivo.

REMINGTON ARMS UMC COMPANY
233 BROADWAY
NUEVA YORK

FÁBRICA DE CORBATAS 13, CAPELLANES, 13
Camisas, Guantes, Pañuelos,
Géneros de punto. Elegancia, Surtido, Economía. PRECIO FIJO. Casa fundada en 1870.

IMPRESA DE «PRENSA GRÁFICA», HERMOSILLA, 57, MADRID

VIGOR SALUD

rápidamente

obtenidos



con el uso del

VINO DE VIAL

Por su acertada composición

QUINA, CARNE LACTO-FOSFATO de CAL

es el más poderoso de los tónicos.

Conviene a los convalescientes, ancianos, mujeres, niños y todas las personas débiles y delicadas.

EN TODAS LAS FARMACIAS.



PECHOS

Desarrollo, belleza y endurecimiento en dos meses con **PILDORAS CIRCASIANAS**, Doctor Brun. Inofensivas. Recomendadas por eminencias médicas. 27 años de éxito mundial es el mejor reclamo, 6 pesetas frasco. MADRID, Gayoso, E. Durán. Pérez Martín. ZARAGOZA, Jordán. VALENCIA, Cuesta. GRANADA, Ocaña. SAN SEBASTIAN, Tornero. MURCIA, Seiquer. VIGO, Sádaba. VALLADOLID, Llano. JEREZ, González. SANTANDER, Sotorrio. SEVILLA, Espinar. BILBAO, Barandiarán. CORUNA, Rey. TOLEDO, Santos. LAS PALMAS, Lleó. MALLORCA, «Centro Farmacéutico». HABANA, Sarrá. CIENFUEGOS, Farmacia «Cosmopolita». TRINIDAD, Bastida. PANAMA, «Farmacia Central». CARACAS, Daboin. SANTO DOMINGO, Fiallo. QUITO, Ortiz. MANAGUA, Guerrero. BARRANQUILLA, Acosta. Mandando 6,50 pesetas sellos á Poucharxer, Marqués Duero, 84, apartado 481, BARCELONA, remítense reservadamente certificado. Muestra gratis para convencimiento del éxito. Desconfiad de imitaciones.



Para Viajes, Excursiones, Meriendas, Cacerías, etc., no olvidar la **Mortadella "SIBERIA"**

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN DE TEXTO, DIBUJOS Y FOTOGRAFÍAS